

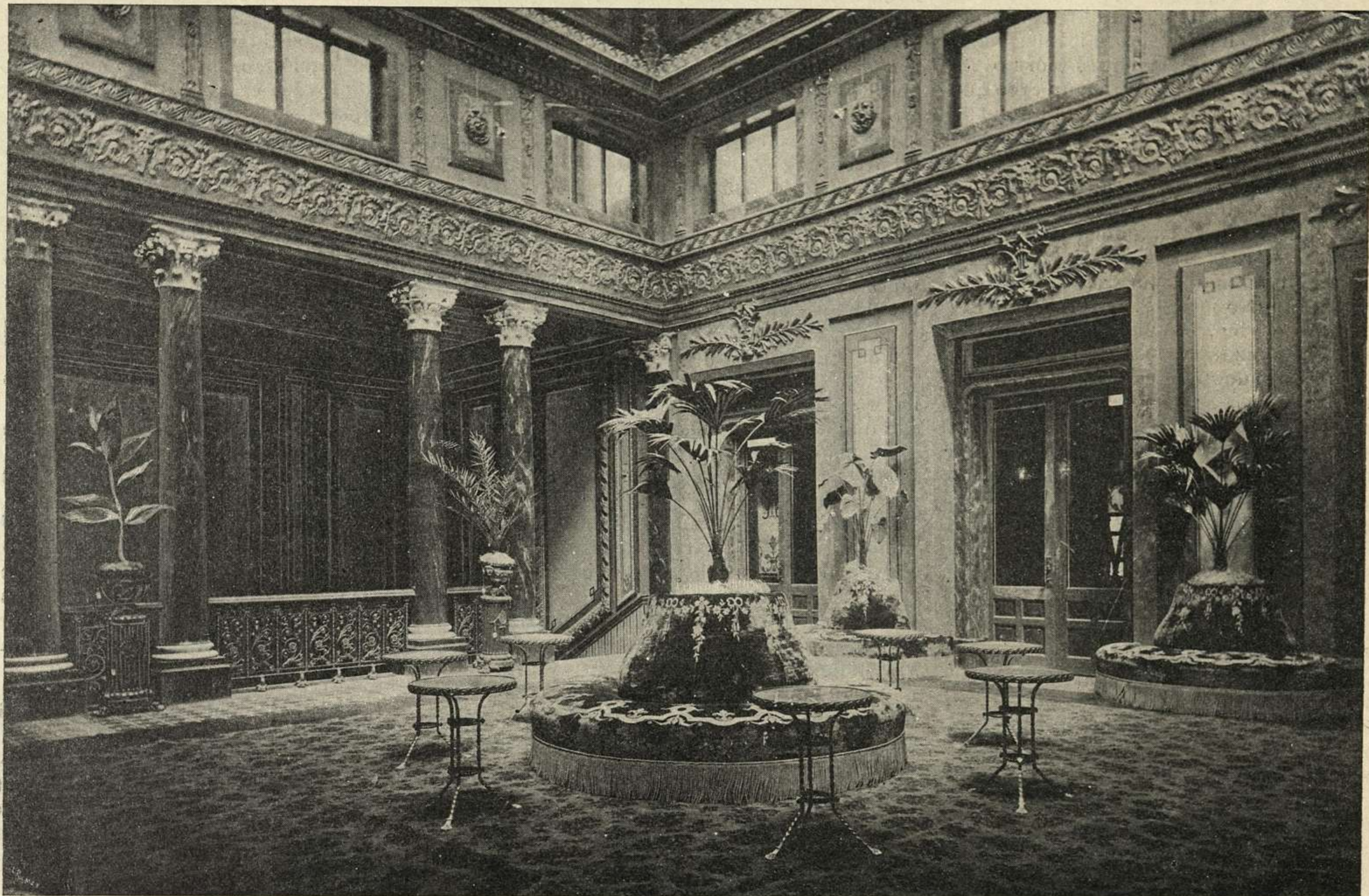
# EL MUNDO.

TOMO II

MEXICO, AGOSTO 14 DE 1898

NUMERO 7

## EL GRAN TEATRO JUAREZ EN GUANAJUATO



Vista de uno de los ángulos del foyer.



Gran escalera en el vestíbulo



## LA SEMANA

Es ya cosa corriente que París carece de atractivos durante los meses de verano; pero atractivos no quiere decir sucesos, y así se explica que vengan henchidas de notas, á cual más curiosa, las revistas de la gran capital. ¿Es en alguna de ellas ó en las columnas de nuestro pobre noticierismo,—que con razón llamamos *Crónica negra*,—donde he encontrado ese refinamiento supremo del crimen,—el crimen filosófico y doctrinario? Marcos López es un simple carrero y puedo asegurar que hasta la fecha en que fué consignado á los tribunales no había leído, ni imaginado leer, una sola página de los flamantes teóricos de las escuelas anárquico-socialistas; y aún creo que ni de nombre conocía á Ravacholl, Vaillant y sus secuaces. Prueba evidente de que las inteligencias extraordinarias,—así se alojen en el cerebro inculto de este carrero ó de aquel gañán,—no necesiten de una educación especial para concebir, desarrollar, y aun para aplicar y propagar una teoría, es que Marcos López al ser aprehendido por robo de un *tercio* de azúcar, alegó que había cometido el hurto porque... el dueño del azúcar es hombre rico, y según el credo moral del delincuente López *la propiedad es el robo*. Ya imagináis los resultados de la misión apostólica de Marcos López en ese foco de cultura que se llama Belén: su propaganda nos proporcionará la fortuna de contar dentro de poco tiempo con una poderosa falange de comunistas y anarquistas, tanto mejor dispuestos á *la propaganda por la acción*, cuanto que no habrán derivado su sistema de una teoría, sino de un hecho,—la pena que impongan las autoridades al futuro jefe de los *enemigos de la sociedad*.

Pero si por un concurso de fatalidades que asombran, nuestro pueblo manifiesta algunas tendencias al crimen, en sus formas violentas, en cambio, las clases media y superior, no admiran precisamente por un olvido extraordinario de la propia conservación. Cayó el duelo en desuso, el duelo-tragedia, y hoy el duelo farsa no se desenlaza en la Concordia sino en el Juzgado; los conocidos caballeros J. O. y M. H., apadrinados por otras cuatro iniciales, dirimen sus querellas en un acta y para salvaguardia de su honor conservan en sus gavetas el párrafo de gaceta correspondiente. La riña trágica no es el *sucedaneo* necesario del duelo. ¿Quién piensa en arriesgar la vida en esta tierra feliz de la eterna primavera? Ni aun los que van á suicidarse están al cabo de su determinación. Matarse... y para qué, si la comisaría se encarga de impedirlo? Un joven, impulsado acaso por una de esas negras melancolías que nublan el espíritu de los pollos imberbes á quienes el papá echa en cara sus hábitos depravados y su holgazanería incurable, huye de la casa paterna y á poco envía un *ultimatum* en el que ha garrapateado con ortografía que excusan las circunstancias su resolución definitiva, el suicidio. Mientras la madre y las hermanas lloran, rezan y sufren síncope, el hermano del suicida corre á recoger su cadáver el cual vuelve por su propio pié, sano, salvo y acaso satisfecho de su comedia. Habrá que agregarle á la estadística una partida,—suicidios frustrados,—y será la más numerosa...

Creamos á los periodistas franceses. Los microbios y los automóviles son los grandes enemigos de la existencia humana. En París, por ejemplo, ya nadie piensa en vivir desde que los *chauffeurs* surcan las calles en sus máquinas vertiginosas, derribando á éste, aplastando al otro y aterrorizando por todas partes á los indefensos transeuntes de infantería, que ya no van al Bosque ni se aventuran por los bulevares temerosos de regresar á casa con el cráneo hendidó ó algunas costillas menos. En México nos contentamos,—buenos burgueses tradicionales,—con las antiguas plagas endémicas, sin pedir á la civilización procedimientos destructores inéditos. A título de curiosidad tenemos un ejemplar de automóvil en la persona de cierto americano grave y tieso, infatigable *chauffeur* que á bordo de su auto-ciclo recorre la ciudad en todos sentidos y á todas horas con una velocidad uniforme de cuarenta kilómetros por hora. Va usted al Paseo de la Reforma? pues á poco aparece en un extremo de la Calzada nuestro hombre, digo, nuestra máquina; pasa, y se pierde á lo lejos en un

abrir y cerrar de ojos; y así en todas partes, frente al Correo, en Plateros, en Buenavista, en Belén, el moto ciclo zumba, repica, aturde, y deja á los transeuntes boquiabiertos. Ese hombre y esa máquina, ubicuos y semi-fantásticos, son un conjunto inseparable, forman una pieza que nunca se desarma, y á fuerza de verlos tanto creéis en una entidad, una representación abstracta del *reclame*, puesta al servicio de alguna casa constructora de automóviles. Evocáis el personaje misterioso de Julio Verne, aquel inventor de una máquina para volar á quien vió una mañana París asombrado, evolucionar por los aires y sentarse luego en las torres de Nuestra Señora y en la cúpula de la columna Vêndome. A diferencia del novelesco nadador aereo, el hombre auto-ciclo de México un día dejó de ser el prodigio de nuestra vida callejera, y los curiosos de Plateros rieron de buena gana al ver un automóvil *desbocado*, y tras del automóvil á su dueño y parte complementaria corriendo desesperadamente hasta alcanzarlo. Adios prestigio! un auto-ciclo que se *desboca*—como cualquier bruto *pur-sang*—no sale ganando con la comparación, no satisface los ideales estéticos de nuestro pueblo gine y domador.

Por lo visto los que no van al teatro obran cuerdate, porque más divierte una escena callejera por anodina que sea que el monótono desfile de las mismas figuras, eternamente iguales á sí mismas, entre los frisos y la rampa. Y no hablo de Mémeris ¡si al menos todos se *transformaran* como él al presentarse ante su público! Pero ni Pepe Vigil con toda la fastuosa variedad de su indumentaria deja de ser el mismo Pepe Vigil en todas sus *obras* y papeles. Y los coristas... por lo menos de *ellas* quisiera hablar con todo el respeto que merecen esas sexagenarias, que si cantan mal tienen la disculpa de su edad valetudinaria y que compensan su cruel entonación con supremas ventajas decorativas. Lo exótico, ó por mejor decir, lo anacrónico, encanta, ¿no un gran esteta contemporáneo viste jubón y cife espada medioeval para escribir novelas modernísimas? Así las antiguas coristas y antiguas mujeres de nuestros teatros; hay peto que pasa del busto de una sacerdotisa á las carnes adiposas de una burguesa Renacimiento, y falda campesina que se aplica á lucir los primores de una bayadera. Y los hombres... Un amable espectador vecino mío creía reconocer entre ellos antiguos subalternos de Yamagata, reconcentrados, desertores de las filas de Aguinaldo, y todo lo que la Micronesia, Polinesia y Melanesia produce de más raro y estrambótico en materia de singularidades fisiológicas. El anuncio azul que habla de la fusión de varios cuerpos corales promete más de lo que imaginaron los fecundos empresarios. Una colección de ochenta variedades... Deberían repartir en dos ó más funciones el espectáculo.

Y el público lo verá con agrado, porque al fin las coristas tienen un mérito,—aunque negativo, no son *aficionados*. Oh! los aficionados... Desde que hacen su primera salida á los verdes campos de lo lírico, helos ahí convertidos en gallardos pavos reales, autores, oficiantes y narcisos á un tiempo de su incipiente gloria. El ilogismo más que la risa caracteriza específicamente á la humanidad, y si nó ¿por qué esos *aficionados* que escuchan un aplauso de estímulo quieren ver en la cortesía del público algo como una sanción conmemorativa? No, mis queridos especialistas, el espectador imparcial de las butacas os dirá que un público que ha llegado en su tolerancia á dejar inadvertidos los defectos para que el principiante cobre ánimo, no autoriza estos pecados capitales de la vanidad de ciertos artistas. Los que tienen el talento y la fortuna de vencer las primeras jornadas sin pagarse de triunfos... relativos,—muy fáciles en años de esterilidad,—son los únicos merecedores de la simpatía popular; pero por desgracia es contado el número de los discretos.

No hay razón para extremar los pesimismo. El arte ofrece á los selectos la solemnidad de sus ritos augustos. Después de las audiciones exquisitas de Meneses la velada fúnebre de Bismarck, en la que volvió el maestro á empuñar su irreprochable batuta. Profunda significación y acentuado sabor germánico el de esa conmemoración, sabia, noblemente impregnada de los perfumes artísticos de la Patria alemana á la que dió el di-

funto Canciller nueva organización dentro de los viejos moldes, cerrando los eslabones de la cadena imperial con la masa que esgrimía en su brazo nervudo Martel el osado. Los hombres como Bismarck no pertenecen á la humanidad, por más que su nombre y sus hazañas sean de la historia; pertenecen á un pueblo, representan sus tradiciones, esclavizan á ella y á los destinos de la Patria sus esfuerzos, y la Patria los santifica en el recuerdo y los consagra como héroes ó semidioses. Pero la humanidad, poniéndose fuera de las ideas dogmáticas de un convencionalismo, los declara justiciables ante la amplitud del criterio sin vasallajes. Los alemanes han hecho de la solemnidad bismarckina un acto esencialmente patriótico, religioso, encerrándose en la capilla de sus creencias para dar forma á la expresión de sus dolientes recuerdos y de sus altivas aspiraciones nacionales.

Dos raptos la semana pasada y tres en ésta. Es mucho, pero no es todo; lo curioso es la rabiosa *huelga de hijos* que escandaliza y divierte á nuestra sociedad, el toque maestro está en las nuevas aplicaciones inversas del Código Penal. El *feminismo* hace su aparición en México de una manera original. Una doncella ha tenido la humorada de cometer un *triple rapto* contra la voluntad de sus víctimas, y lo más adorable de la aventura es que los raptados, acaso sin compensación de ninguna especie, van á ser huéspedes de Belén. La raptora merece algo más que una encerrona en las Vizcainas, destino que le ha asignado la voluntad paterna. Cuidado, caballeros! el caso puede repetirse y no sería malo reformar el Código en el capítulo respectivo; nuestra honra y nuestra tranquilidad están amenazadas por las *señoritas raptoras*. A defenderlas contra la ola ascendente del *movimiento feminista*.

El Principal es ya una *Corte de los Milagros* aunque de *buen tono*; duelos á navajazo vil en el foro, duelos entre coristas hembras, duelos entre cubanos y españoles, entre *bonánulos* y *Ricarditos*. Hay en ese teatro un espíritu de combatividad que va opacando el brillante contingente de escándalo de las verbenas populares. Los moralistas que concurren al Principal están perplejos y no hallan á qué causa atribuir la impetuosidad erótica y guerrera de los beligerantes. Si la paz entre España y los Estados Unidos no lo remedia, y mientras cambia la estación, convendría operar un descenso artificial de la temperatura. Sería de una novedad deliciosa y tranquilizadora este anuncio: *Sábado en la noche, tandas con refrigerador*.

DICK.

### Política General.

**RESUMEN—Fin del conflicto hispano-americano.—Las condiciones de paz.—España acepta las bases impuestas por el vencedor.—Los partidarios de la guerra.—Vanas esperanzas.—La situación de España.—¿Qué ha hecho el partido liberal?—La fuerza de las cosas.—La obra de Sagasta.—Los partidos.—La voz del pueblo.—Conclusión.**

Después de prolongadas meditaciones y de consultas repetidas con los diferentes corifeos de los partidos políticos; después de analizar detenidamente la situación donde no se encuentra un rayo de luz, y convencerse de que la lucha por desesperada que sea, por más que se cuente con el heroísmo de los soldados, tendrá que ser estéril é infecunda para la causa española, el gabinete que preside el Sr. Sagasta, autorizando debidamente al Embajador de Francia cerca del Gobierno de Washington para representar los intereses del reino, ha decidido admitir las condiciones de paz impuestas por el presidente Mc. Kinley.

Presentada la contestación de España por M. Cambon ante la Casa Blanca, hubo breve discusión sobre pequeños detalles, se discutió un poco sobre ligeros incidentes, y quedó convenido últimamente, según las noticias que nos comunican las agencias cablegráficas, que, aceptadas en lo fundamental las proposiciones de paz formuladas por la Casa Blanca, pronto se harían constar en un protocolo firmado por los respectivos representantes, constituyendo así las bases á que se han de sujetar los comisionados de ambas naciones, que han de reunirse á la brevedad po-



sible en París, para convenir el tratado de paz definitiva.

\*\*

Digan cuanto quieran los que sostienen todavía la guerra á cualquier precio, los que pretenden que España se desangre hasta lo último en una lucha desigual, los que anhelan que el pueblo español llegue al mayor extremo de sus sacrificios; digan cuanto quieran los que abogan por una resistencia tenaz, heroica y sin límites, es lo cierto que el gabinete español ha obrado en esta ocasión urgido por las circunstancias. Al aceptar la situación que heredó del partido conservador, no se ocultaban al Sr. Sagasta y á sus partidarios, las dificultades con que tendrían que luchar; oíanse ya los rumores sordos de próxima tempestad, relámpagos cárdenos surcaban el horizonte anunciando terrible tormenta, el suelo mismo de la patria española se hallaba sacudido y agitado por convulsiones tremendas. La insurrección cubana combatida á sangre y fuego por el Gral. Weyler, no había sido sofocada. Muertos algunos de los principales caudillos de la revolución, brotaban nuevos campeones que sostenían en la manigua la bandera insurrecta. Firmado en Biacnabató un convenio entre los jefes tagalos y el Capitán General de Filipinas, dábase por concluido y fracasado el intento de Aguinaldo y sus socios en el Archipiélago Magallánico, por más que se sentía cierto descontento que no había podido ser arrancado de raíz.

Entre tanto los trabajos de las juntas revolucionarias cubanas no cesaban en los Estados Unidos, allegando elementos y concitando voluntades á favor de su causa; y podía calcularse, sin necesidad de vista profética, que en tiempo no remoto, era de temerse la intervención armada de la Unión americana, contra el dominio español en las tierras antillanas.

Dos guerras coloniales en apartadas y remotas regiones. habían necesitado de innúmeros sacrificios en sangre y en dinero, por parte de la Metrópoli; ya la opinión se sentía vacilar, y no faltaba quien aconsejase el abandono de Cuba, para librarse de posibles complicaciones y aligerar al Estado de la pesada carga de una guerra larga, costosa, que había sembrado ya el luto en muchos hogares, y aún la miseria en muchos territorios.

Tal era el estado en que recibió el poder el Sr. Sagasta. Los acontecimientos se precipitaron; el desgraciado incidente del «Maine» exaltó los ánimos de los que abogaban en el Capitolio por la intervención; se desechó como inútil el expediente de reconocer derechos de beligerancia á los insurrectos, se discutió la independencia de Cuba y se llegó á un acuerdo, cuando las dos Cámaras colegisladoras convinieron en pedir á España el retiro de sus fuerzas navales y marítimas, autorizando al presidente para emplear las fuerzas de mar y tierra de los Estados Unidos, á fin de llevar á cabo esta determinación, y hacer que el pueblo de Cuba se diera el gobierno á que tenía derecho. La guerra fué inevitable, el ministerio liberal la aceptó como una necesidad imprescindible: fué á ella no por su propia voluntad, sino obligado por las circunstancias, urgido hasta el último extremo, después de haber agotado cuantos recursos le ofreció la diplomacia. Las potencias europeas en quienes pudo confiar un momento, vieron desarrollarse los acontecimientos con pasmosa indiferencia y frialdad nunca vista, y fué preciso abandonar toda esperanza en la interposición de sus buenos oficios. La misma voz del Papa que hablaba en nombre de la cristiandad fué desoída; las palabras del *hombre blanco* del Vaticano se perdieron en el espacio, entre el rumor bélico de los grandes aprestos que hacía la Unión Americana.

\*\*

Si hay que achacar algún error lo mismo al gabinete liberal que al gobierno conservador, es de no haber vivido prevenidos á cualquier evento y no haber creído en la posibilidad de la guerra, por más que veían los preparativos que se hacían por el gobierno americano. Ese error, esa imprevisión, han sido causa de que al estallar la guerra, solo se hayan visto series continuadas de descalabros y catástrofes, que empiezan con la destrucción de la escuadra española frente á los

**DAMAS DISTINGUIDAS.**



Señora Esperanza Navarrete,  
MARQUESA DE LARRINAGA.  
[Residente en México.]

muros de Cavite, y acaban en la capitulación de Santiago de Cuba, bajo unas bases que habría rechazado en otras condiciones el patriotismo español, pero que fueron impuestas con dureza por el implacable vencedor. Todavía habremos de ver en juicios posteriores, la depuración de la conducta del general Montojo por su derrota de Filipinas, y del general Toral por su rendición en Santiago.

\*\*

Pero faltos de medios de combate, deshechas las escuadras de que podía disponer el gobierno español, imposibilitado de desprenderse de los últimos elementos navales que le quedan para la defensa de las costas peninsulares, sin poder remitir auxilios de ninguna clase ni socorros al apartado archipiélago de Filipinas, lo mismo que á las Antillas; abandonados á sus propios recursos y á sus solas fuerzas los Capitanes Generales de las colonias antillanas y del Archipiélago Magallánico, bloqueados los puertos todos de Cuba y Puerto Rico por numerosa escuadra que impide que venga de fuera cualquier auxilio, cercado en Manila el general Augusti, reducido al recinto de sus fortificaciones y acosado por las tribus tagalas, en tanto que el contra almirante Dewey recibe numerosos refuerzos en hombres y provisiones de guerra, ¿á donde iba el gobierno prolongando la lucha? ¿Con qué objeto dejar perecer en el combate á millares de soldados heroicos; que con admirable valor han hecho prolongada centinela en los muros de las plazas fortificadas en Cuba, en Puerto Rico y en Filipinas? ¿En qué fundarse para llegar al extremo de dejarlos perecer en el desamparo, sin tener medios para auxiliarios? ¿Por qué no acudir á tiempo para ahorrarles nuevos sacrificios, para economizar sangre, para disputarle vidas preciosas al monstruo de la guerra? ¿Por qué no evitar el rubor de nuevas derrotas, acaso sin combates y solo por el aislamiento y la miseria?

Eso es lo que ha visto Sagasta, eso es lo que ha pesado su ministerio, eso es lo que ha discutido en largas conferencias con los jefes de partido, y por eso se han decidido á aceptar las condiciones impuestas por el vencedor, duras, es verdad, y dolorosas, pero que al fin evitan nuevos dolores, nuevos sacrificios, y dejan al país con vigor para trabajar en esa obra gigantesca de reconstruir todo un estado social, de cicatrizar hondas heridas, de enjugar raudales de lágrimas,

de restaurar las fuerzas agotadas en lucha desigual.

\*\*

Grande es la responsabilidad que tiene ante la nación española el ministerio Sagasta; grandes han sido las dificultades con que ha tenido que luchar en el interior y fuera del país. En el interior las facciones republicana y carlista, se aprestan á la lucha, pretendiendo aprovecharse del descontento general, que ocasiona la derrota, para derrivar la dinastía en provecho propio. Por fuera un enemigo fuerte, poderoso y enorgullecido con sus victorias, exigiendo sacrificios de territorio, ya que no puede cobrar indemnizaciones en numerario; y en medio de estas angustias, la voz del pueblo exaltada por los agitadores de oficio, acusándolo y haciéndolo responsable de la gran catástrofe. Se necesita de la energía del anciano liberal, para permanecer enhiesto, firme en el puesto que se le ha confiado, y resistiendo el vendaval que en su torno se desata.

Si alguna vez se exigen responsabilidades creemos que se hará justicia al jefe del partido liberal.

X. X. X.

Agosto 11 de 1898.

*En Tierra Yankee*

**NOTAS A TODO VAPOR**

**RUINAS**

Estas formidables ciudades americanas no son para vistasenos ó tres días; se hacían de tal modo en el sensorio las imágenes y las impresiones, y cansan por tal extremo los esfuerzos para retenerlas que acaba cualquiera por sentirse enfermo. Este Chicago renacido después del incendio de 1872 como por ensalmo—sesenta mil edificios en treinta años—con sus avenidas interminables, mal pavimentadas, bordadas de altísimos muros cuadrículados por aberturas iguales, sin ornamentación ninguna, especie de murallas ciclópicas que se suceden de manzana en manzana, á veces interrumpidas por edificios oscuros ricamente columnados de mármol ó pórfido, ó por brechas cerradas por maderos y donde aún no hay construcciones, ó por casas en vía de erección y que así, en inmensos bloques y por medio de mecanismos que funcionan admirablemente, se elevan á muchos metros sobre el nivel del suelo para dar entrada á dos ó más cuerpos nuevos; este Chicago parece á propósito para dejar en el cerebro la impresión y el recuerdo de una Babel de las regiones frías.

Y como van y como vienen y como parece que no se paran nunca, los wagones, los coches, la gente, todo trabajosamente encajonado en el cauce de aquellas amplias calles y desbordándose en las esquinas con ímpetu de torrente y rumores mayasescos. Algunas veces tomábamos sin querer el paso de ataque de la corriente humana que nos comprímia y arrastraba, pero si alguna cosa logrará siempre un mexicano, es la de ser perezoso en medio de la actividad de un mundo y la de vagar negligentemente en medio de cien mil individuos que corren montados y espoleados por el *jockey* implacable del amor al *dollar*. Nuestro compañero de paseo nos enseñaba en esta *Calle del Estado* que yo creía que terminaba en San Luis Missouri, el límite á donde había llegado el incendio en 1861.

Y un recuerdo me bailaba en mi memoria. A mí me hizo gran impresión este incendio porque leí su descripción en *El Journal des Debats*. Que recibía el excelente y paternal anciano M. Guilbault, director peritísimo del *Liceo franco-mexicano* en donde yo vivía á la sazón.

La descripción, si no recuerdo mal, venía firmada por el brillante é infortunado Prevost-Paradol; hablaba del inmenso primer tren de auxilio formado en New-York para socorrer á Chicago que ardía; el tren á todo vapor partió y llegó á la ciudad incendiada después de arrojar á su paso centenares de miles de llamamientos al pueblo americano para que se aprestase á socorrer á la hermana abrasada; inútil es decir que esta voz no clamó en el desierto; fué oída y al calor de estos actos de solidaridad humana, ha incubado la enorme confusión de razas, lenguas y costumbres que se llama los Estados Unidos, esa alma que es la Patria.

Poco antes de llegar á Chicago el tren paró; la vía atravesaba un bosque espeso que era presa en aquellos instantes de una formidable conflagración también. Obstáculo inesperado é insuperable. ¿Qué hacer? Preguntó del conductor. ¿Los durmientes están quemados? Contestación: empiezan á quemarse. La excitación profunda que causa en el frío temperamento de los anglo sajones la presencia de un gran peli-gro, se ha convertido en el yankee, en el deseo inven-



cible de sobreponerse al obstáculo poniendo de su parte á fuerza de audacia, el azar, ó lo que llamamos así. El conductor del tren pronunció el *All right* sacramental y *Go ahead*. . . adelante, adelante, adelante, besados, lamidos, mordidos por las llamas, sofocados casi y adelante, adelante. . . á todo vapor, á todo vértigo. . . y llegó el tren á la inmensa hoguera de Chicago, saludado por un hurrah sin término.

El escritor francés presentaba á los latinos como ejemplo este hecho; así, les dice, así debemos movernos, así se hace así se vence. Es verdad, así hay que moverse para no quedarse atrás, hay que pasarse la vida moviéndose, moviéndose y moviéndose. ¡Qué vida tan hermosa y tan terrible esta vida yankee, Dios mío! Cuando Prevost Paradol, nombrado ministro de Francia en Washington la vió de cerca, se pegó un tiro. El maestro Spencer (desde entonces lo quiero más) interpelado en un banquete en New York, para que, en virtud de sus observaciones, formulase un consejo al pueblo americano, contestó: este es mi único consejo: señores, sentaos.

\*\*\*

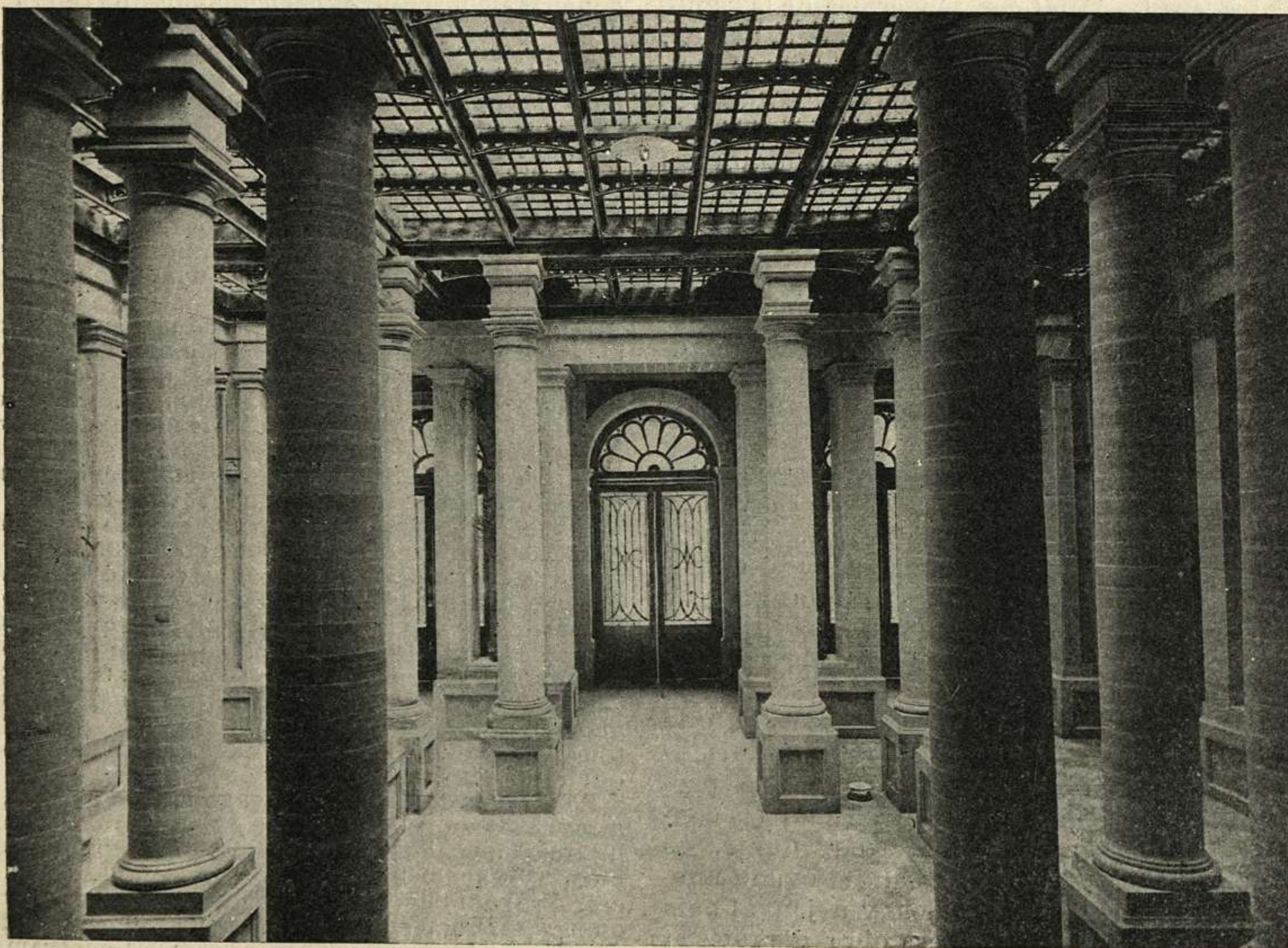
El frío se acentuaba en aquellos postreros días de Octubre; muy divertido cuando se traduce por la cristalización de todas las moléculas de agua de la atmósfera y su precipitación en flores de inmaculada espuma, como hace dos días en la nevada del Niágara ó muy agradable cuando el aire inmóvil y glacial baja como un bloque inmenso y en él inmerge el cuerpo que se deja picar y morder voluptuosamente en la piel y flota ágil y vivo en la masa aérea, como un nadador en el agua fría y transparente; es abominable cuando el viento sopla y fustigan las ráfagas y parece penetrar en los tubos de los huesos, como el que nos regaló el Michigan mientras en un ligerísimo carruaje recorriamos el Parque Jackson en que floreció en gigantesca flora de yeso, de piedra y de hierro, la Exposición, la *Feria del mundo* como aquí la llaman, y que hoy es un campo de ruina, aunque no de soledad; no hay modo, pues, de citar la Elegía á las ruinas de Itálica.

Un ejército de trabajadores recogía los restos de los efímeros y ostentosos palacios que el oro yankee aglomeró en breve tiempo á orillas del lago y que en unas cuantas horas deshizo el incendio; por todas partes llenaban de escombros el vastísimo parque, fragmentos de madera, de hierro, de piedra artificial, que aquí y allá formaban tristes montículos; avanzando un poco, vimos las enormes masas de hierro del Palacio de las máquinas, deformadas y torcidas por el fuego, y formando un brutal y espantoso conjunto, como si una mano satánica hubiera hecho un amasijo de zócalos, columnas, traves y techumbres y con él hubiese bombardeado la tierra desde un círculo del Infierno. Mas allá de aquellas torres Eiffel convertidas en tirabuzones, tomamos la via monumental que conducía al primoroso laguillo que estaba al pie del edificio principal de la Exposición, incinerado casi por la hoguera formidable; la estatua rígida de la República, que surgía del agua, está ahí, todavía despostillada y lúgubre; ahí están las grandes estatuas de animales que bordaban la vía, ahí el colosal marino y el enorme labrador; todo muestra ya la osamenta bajo la deleznable musculación de *Staff*, todo va á desaparecer, todo está en agonía ¡y qué agonía! la infinitamente lívida agonía del yeso y del cartón piedra.

Un espectáculo angustioso: el convento de la Rábida, copiado con notable exactitud á orillas del Michigan para hacer más característica la Exposición Colombina, aún está en pie; alza tristemente en aquel crepúsculo de ópalo sus paredes que nacieron viejas y sus esquinas gastadas, y abre sus puertas y ventanas sin ornato, frías y sin luz como los ojos de un cadáver. . . . . Al pie del convento está amarrada una



Fachada del Teatro Juárez



El vestíbulo desde la puerta de entrada al salón del patio

reproducción de la Santa María; la carabela no se balancea, no se mueve; parece un ataúd saqueado, quieto y lamentablemente solo en aquel rincón abrigado del viento que apenas plegaba las olas como con un hálito fatigado de moribundo.

El cuadro era siniestro; parecía aquello un naufragio en que se hubiesen complicado en lúgubre conjura el tiempo y el espacio, los siglos, el olvido, el desprecio y aquel sitio mortuorio y aquel agonizar de día de otoño. Los empresarios de la *Feria* llamaron á España para decorarse con ella, con el empeño con que los advenedizos colocan en sus salones un viejo mueble histórico; España coquetó con aquel pueblo musculoso y robusto, de quien temía y preveía un ultraje supremo. Mandó sus tesoros artísticos y arqueológicos, y todo lo que simbolizaba el mágico encanto de su pasado heroicamente aventurero, las caravanas de Colón y todo cuanto encarnaba la gracia aristocrática de su presente, la princesa Eulalia; el robusto y brutal mocetón se quitó ante todo esto su gorra de marino, saludó y se sintió con más apetito que nunca.

Un pabellón alemán, un templo japonés, perfectamente conservados, bonitos y vulgares, formarán parte de la ornamentación definitiva de este parque, que va á ser poblado de árboles y flores y será, de seguro, una maravilla dentro de pocos años. Lo más hermoso de todo cuanto perdonó el incendio y será consolidado y traducido en la eternidad de la piedra y del mármol, es este palacio de las Bellas Artes, en que un arquitecto europeo, según mis informes, sumó con verdadera elegancia y buen gusto algunas imitaciones muy puras de los monumentos helénicos; ese será el Museo artístico del Parque nuevo, superior, como aspecto, al famoso metropolitano de New York, y soberbiamente situado entre jardines que sirven de marco al espejo vivo del lago.

\*\*\*  
Disponíamos ya de poquísimos tiempo, debíamos tomar el tren directo para el Paso antes de las nueve de la noche y el crepúsculo, la gran aureola pálida



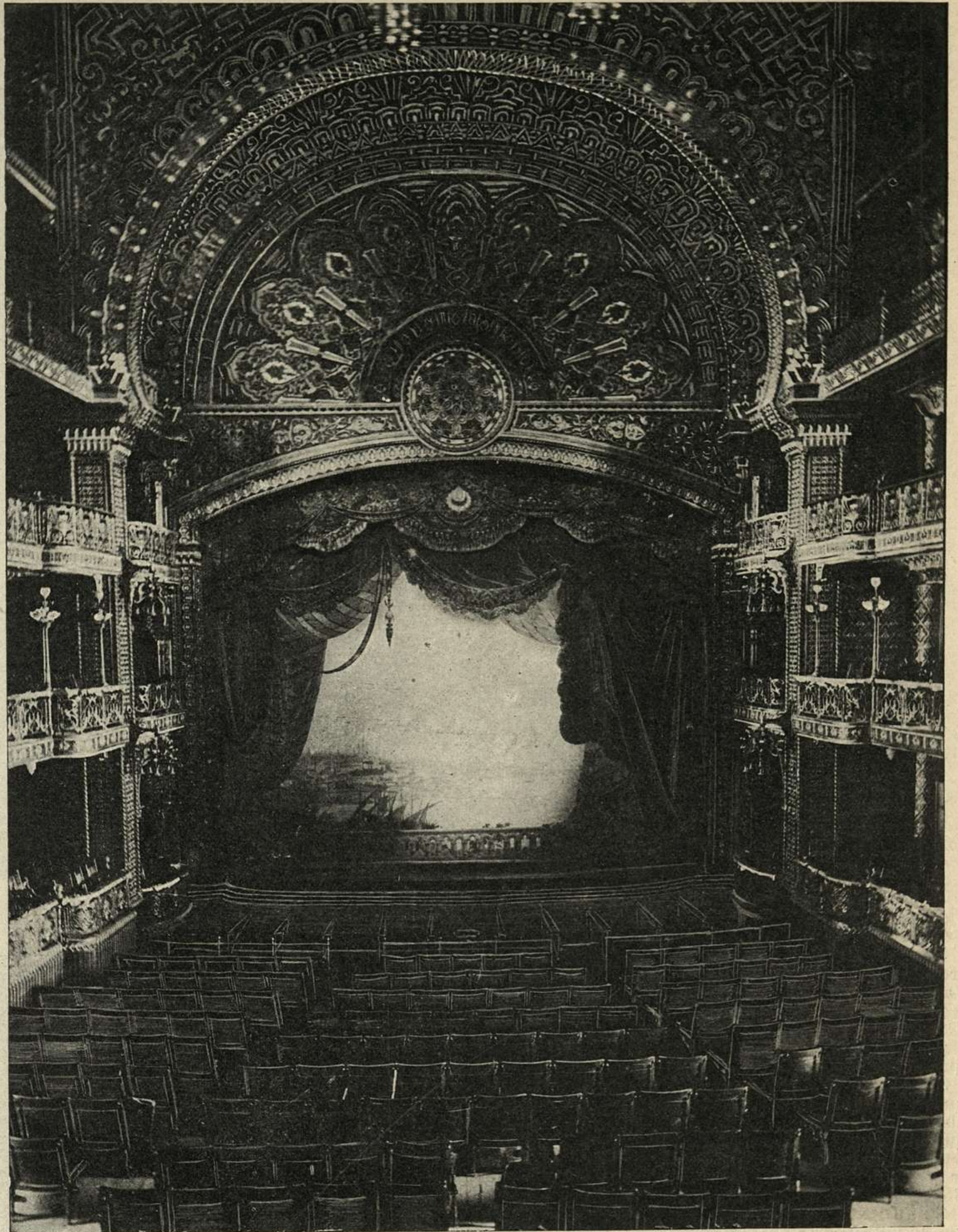
del sol se había apagado en la sombra de abismo de la noche.

Tenia yo tal seguridad de no encontrar una sola estrella en el cielo que ni por un momento tuve la ocurrencia de levantar los ojos. Prefería ver los primorosos juegos de luz eléctrica que los anunciadores multiplican en las calles. En un café de irlandeses, ó en donde cantaban irlandeses, hicimos alto. Una especie de clérigo pálido y ardiente, como un jesuita regicida, deciamaba más bien que cantaba una imprecación terrible contra los opresores ingleses; era la voz de la Irlanda norte-americana que recordaba el gran apóstrofe de Walt Whitman: "¡Oh! Irlanda, ¡oh! anciana madre, una palabra: alzáte del suelo sobre que yaces abatida, con la frente hundida entre las rodillas; levanta el velo de tus blancos cabellos en desorden, porque sábelo, ese por quien lloras no está en esa tumba, es una ilusión; el heredero, el hijo que amas no ha muerto aún; el Señor no ha muerto, vigoroso y joven ha resucitado en otro País. Mientras que llorabas junto á tu harpa rota, junto á tu harpa regia, muda ya sobre este sepulcro. El que llorabas ha sido trasportado á lo lejos; vientos propicios, lo empujaron por la mar, y hoy, henchidas las venas con sangre de nuevo joven, prospera y crece gigante en la tierra de una Patria nueva."

Salimos, y en la primera encrucijada que atravesamos, presenciábamos un espectáculo con el que ya estábamos casi familiarizados; en New York lo habíamos presenciado con frecuencia mis compañeros y yo.

Un grupo de seis ú ocho personas se habían instalado bajo un fanal eléctrico; treinta ó cuarenta circunstancias formábamos el obligatorio público de bobos con que cuenta toda manifestación al aire libre. Les actores de esta pequeña comedia característica, eran verdaderos tipos de impavidez. Uno de ellos llevaba una bandera, otro un fanal semi-chinesco, el tercero un banco que pudiera servir de tribuna, otros dos tocaban de acuerdo sendos acordeones. Cada uno de estos individuos era al mismo tiempo orador, corista, músico y porta-faros ó porta-estandarte: era una sección del *salvation army*, del ejército de salvación. En aquellos momentos trescientos ó quinientos grupos idénticos á éste funcionaban en Chicago. Después de un himno ó salmo cantado con la música de uno de los aires en boga, sube uno de los ocho individuos; todos llevan una especie de uniforme que consiste en una levita larga en guisa de sotana, y un casquete como los de los jockeys ó ciclistas y prorrumpen en un discurso lento primero, precipitado y vehemente al fin; tal fué el que nos tocó oír. Pintó el orador los estragos cada vez mayores que el vicio hacía en Chicago é invitó á los que oían á afiliarse en el Ejército de salud. Después del discurso los dos individuos que delante del orador mantenían tendida la bandera americana, recogieron su bien, moviéronse los acordeones de lo lindo, el faro se levantó en alto, el jefe ó capitán entonó una ferviente jaculatoria, al que hicieron todos coro con la música del *after the ball* y después de recibir algunos óbolos, entre ellos los nuestros, continuaron su excursión.

Tengo muy pocos instintos militares; cuando leí *El Consulado y el Imperio* me creí General; ¡qué diablo! M. Thiers, era un mariscal de Francia, sin haber esgrimido en su vida otras armas que la lengua, la pluma y el tenedor; tan general me creí, que un general de veras, mi respetable amigo el Sr. Berríozábal estuvo á punto de hacerme Coronel provisorio durante el período en que el Sr. Iglesias se empeñó en constitucionalizar la oposición invencible del país á la reelección de un ilustre y obcecado republicano. Pudo hacerme Coronel, pero soldado nunca. Pero admiro á los soldados en el sacrificio, me encantan en forma de defensores heroicos de las causas buenas y á veces hasta de las malas, son mi delicia desfilando pintorescamente al son de las fanfarrias bélicas y les tengo cariño bajo las especies de alumnos del Colegio Mili-



Teatro Juárez.--El Salón visto desde los palcos primeros.

tar. Y me parece digno de loa esta idea de un barbón puritano inglés, Mr. Booth de redimir del vicio á la sociedad, formando, por medio de una música de quinto orden, de una elocuencia de sexto, y de un desprecio al ridículo de primera calidad, una gigantesca guardia social que cuenta sus soldados por centenares de mil, que arrostran las lapidaciones de las multitudes y las censuras de los sabios y los prudentes.

Las ciudades de Europa y los Estados Unidos han silbado despiadadamente las procesiones ruidosas del Ejército de salvación, arrastrado por el lodo sus banderas de Circo, despanzurrado sus tambores y apedreado sus insignias. Bien ¿por qué? Convento en que esa promiscuidad de entusiasmos súbitos de hombres y mujeres en favor de la regeneración social y la forma que toman se presta á la explotación de unos muchos por unos cuantos. ¡Vaya una novedad! Casi, casi, pudiera decirse que esta es la forma de toda organización social y el Siglo que ha inventado puede decirse, las sociedades anónimas, no puede arrojar la primera piedra.

Mas yo me siento desarmado ante la tenacidad de estas valientes prédicas contra la borrachera y la prostitución...

En un café de gente *non sancta* en Chicago, se presenta una muchacha bonita, una antigua hetaira; risas generales, curiosidad unánime; la muchacha sube tranquilamente á una mesa, toca en su violín una sonata tierna de esas que conmueven mucho á los sajones; murmullos. La muchacha en seguida cuenta su historia (la historia de Magdalena) é invita con la voz inpregnada de sollozos á sus antiguas compañeras á hacer lo mismo que ella. Silencio general.

A eso me resigno ante esta asociación ya enorme y rica y tolerada; ya no silbada, ya no lapidada, al silencio. ¡Ay! el silencio; pensar en el silencio teniendo en perspectiva cinco dias de ferrocarril continuo, es un horrible suplicio.

Justo Sierra.

## El desastre de "La Bourgogne."

(Relatado por la señora V. Lacasse, única dama del pasaje que se salvó del naufragio).

Aun no despuntaba el primer albor de la mañana del día cuatro de Julio, cuando me despertó é áspero sonido de la trompeta de bruma. La excitación que en mis nervios produjo impidióme volver á conciliar el sueño y medio vestida volví al lecho.

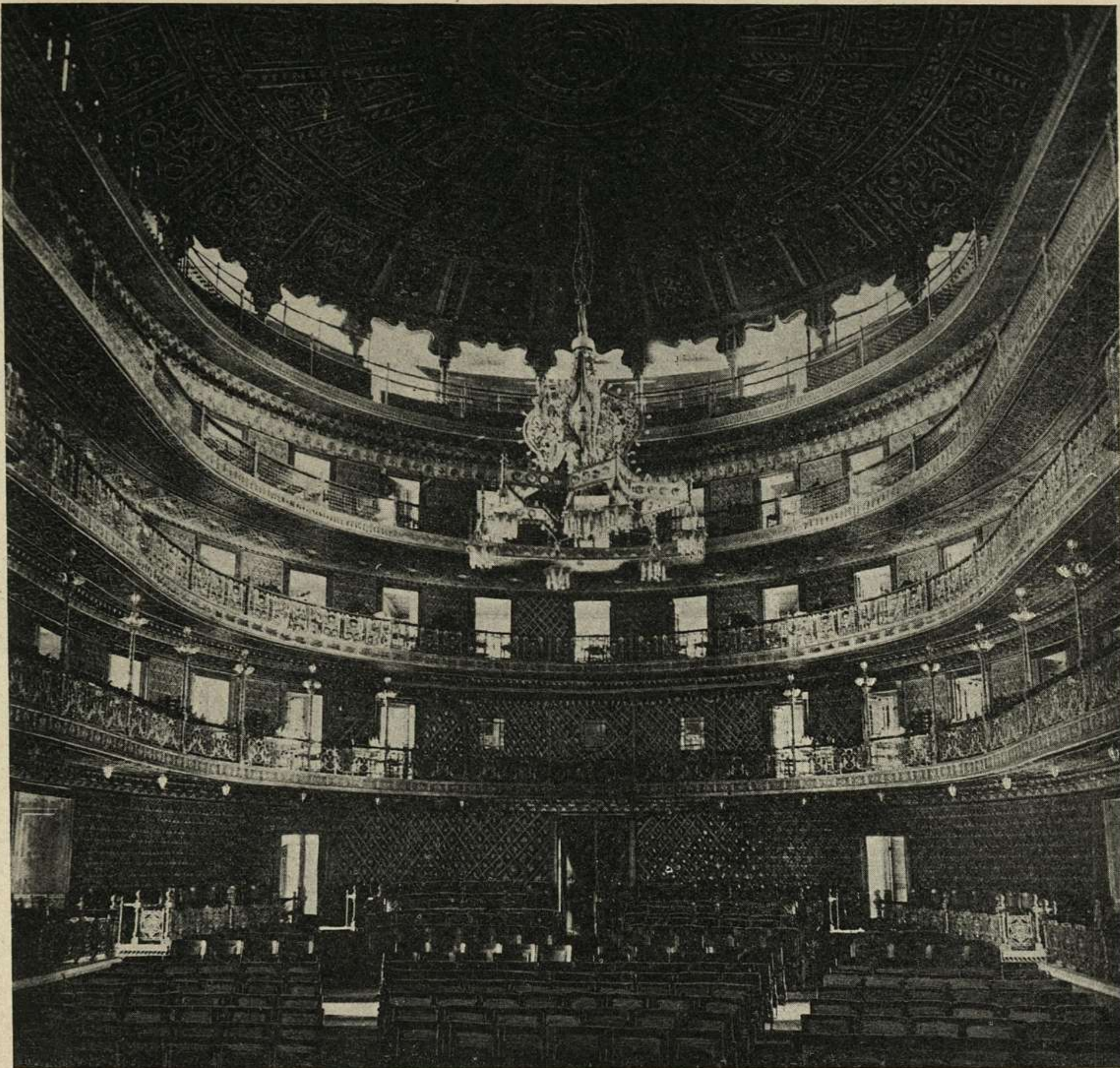
Cerca de las cinco, un crujido horrible trajo á mi espíritu la idea de una probable catástrofe y temblando de miedo salté de la cama y rompí á llorar.

Mientras yo me vestía mi esposo precipitábase á la cubierta á fin de inquirir lo que ocurría.



Cantina al lado del vestíbulo.





Teatro Juárez --El salón visto desde el proscenio.

Breve fué el tiempo que tardó en regresar; su rostro estaba lívido, sus miembros agitábanse convulsivamente y con dificultad pudo balbutir las siguientes aterradoras palabras:—"Victoire, nos hundimos!... ¡Correl... ¡Ven!..."

¡Los instantes eran supremos y no había tiempo que perder!

Sin concluir mi tocado, volé á reunirme con mi esposo y ya sobre cubierta, nos dimos prisa para ponerlos los salvavidas, ayudando á otras familias para que hicieran lo mismo, pues todas estaban poseídas á tal grado por el pánico, que no hacían otra cosa que ir y venir, al acaso, sin darse cuenta de que "La Bourgogne" se hundía con suma rapidez.

En un instante la cubierta quedó oculta bajo la revuelta multitud de pasajeros: unos gritaban desesperadamente, pálidos y con el terror pintado en el semblante, otros permanecían cual si hubiesen sido clavados en la obra muerta, agitando las manos con febril ansiedad, inconscientes del inmenso peligro que nos amenazaba.

Entre los pasajeros había varios sacerdotes: uno de ellos multiplicábase en todas partes, repartiendo sus últimas bendiciones entre aquella masa de gente que, en tan angustiada situación, arrodillábase ante él implorando salvación y valor para resignarse con la suerte que le esperaba.

Este noble apóstol, sereno, resignado y sublime consolaba á todos, yendo y viniendo de un lado al otro del buque, sin demostrar el terror que á los demás agitaba, y sin pensar en procurarse un salvavidas.

El Capitán desde el puente daba órdenes, más su voz se perdía entre los clamores de la multitud: su figura destacábase en el oscuro fondo del cielo, y valiente esperó el trágico fin de la "Bourgogne."

Súbitamente se inclinó el buque sobre la banda de estribor, formando la cubierta un ángulo agudo con el mar, y siendo ya imposible el mantenernos en pie, entramos en un bote que, aunque estaba amarrado todavía al costado del buque ya no podía contenerla gente que á él había acudido para salvarse.

Pocos momentos permanecimos en el bote, pues no obstante que el vapor se sumergía, la pequeña lancha estaba bien afianzada de sus ganchos y no daban traza de cortar los amarres.

Al ver esto mi esposo, con suma dificultad me arrastró hacia una balsa que se hallaba en la popa: y justamente llegamos á ella en los momentos en que la embarcación acababa de inclinarse sobre su costado de estribor, y las olas saltaban de un lado al otro del maderamen arrojándonos al mar con nuestra balsa.

Con esfuerzos inauditos logramos ponernos á flote sobre las mal unidas tablas, las que fueron asaltadas por una veintena de nadadores. El peso de ellos, mayor que la fuerza de flotación, causó el hundimiento de la balsa, y todos quedamos suspensos en las olas esperando el ansiado retorno del precioso leño. No se hizo esperar mucho, y en seguida volvimos, aunque ya en número más reducido, á ocuparle, arrodillándome yo en el centro para guardar mejor el equilibrio.

"La Bourgogne" que había empezado á sumergirse siguiendo un plano inclinado, según la posición antes descrita, ahora elevaba su proa, y desviándose un poco de su sitio, trazó un zig-zag longitudinal-

mente, para sumergirse por el lado de proa, produciendo un ruido infernal é indescriptible

El hundimiento determinó en aquel lugar la formación de un *maelstrom*, cuya fuerza de succión atrajo toda la masa de naufragos, ahogados unos, y luchando con la muerte otros. Nuestra frágil balsa, obedeciendo á esa ley física, también siguió la línea de hundimiento de "La Bourgogne," pero por una mera casualidad al desprenderse un enorme trozo de obra muerta, en su fuerza ascensional oblicua, fué á darle en un lado, arrojándonos así fuera del radio que formaba el *maelstrom*.....

En nuestro derredor escuchábanse lastimeras voces, implorando auxilios que, por las circunstancias del momento, nadie podía impartir. Cada fragmento de madera que del fondo del mar llegaba á la superficie, era invadido por aquella turba de desesperados, que con su peso hacían zozobrar el leño salvador.

La bruma que tan densamente nos había envuelto se iba disipando por momentos y el sol alumbró por fin el teatro del desastre, donde únicamente quedaban tres balsas y un bote, éste con el fondo vuelto hacia arriba y con más de treinta naufragos que ansiosos luchaban por asirse á él.

Otros dos botes ya estaban á larga distancia del lugar de la catástrofe y un pequeño esquife lleno de mujeres y niños, infortunadamente fué tocado por un ventilador del "Bourgogne," en los momentos que se hundía, y se fué á pique con su carga humana, en medio de los ayes más desgarradores y tiernos que jamás escuché.

No lejos de nosotros también hundíase otro bote, debido al gran número de los que en él querían escapar de la muerte.

Nunca podría yo describir tan espantoso cuadro. Muchas y tristísimas paginas se requieren para ese patético suceso! ¡Que el Dios de los buenos se encargue de llevar el consuelo á los que hoy sufren, y acorja en su inmensa bondad á los ya muertos!.....

Por espacio de dos horas ningún buque pasó al alcance de nuestra vista, y hubiera sido verdaderamente imposible pasar la noche sobre la balsa que con bastante dificultad nos contenía, pues los que no cupieron se asian á ella, con todo el cuerpo sumergido en el mar, y ya estaban casi yertos de frío. ¡Que eternos son los momentos de aquellos que en su inmensa desgracia se ven obligados á esperar!

De pronto uno de los que tripulaban la balsa exclamó:—"¡Allí!... allí!...—señalando el horizonte con



Un salón contiguo al foyer.



su brazo extendido— hay algo que parece un buque! . . . »

Al principio nadie dió crédito á sus palabras, pues nuestra vista se había acostumbrado á ver tantos muertos, que la idea de una próxima salvación era para nosotros una paradoja inadmisibile; más pronto nos pudimos convencer de nuestro error, viendo á lo lejos las nubecillas de humo que se escapaban de las chimeneas de un buque.

Con la esperanza del socorro, presto adquirieron nuestros ateriados múrculos las energías perdidas en tan horrenda lucha.

Todos nos aprestamos á bogar en dirección al vapor, de la mejor manera que pudimos, y nuestra ansiedad crecía por momentos al pensar que podíamos quedar abandonados en medio del océano si el vigía no nos avistaba con oportunidad.

¡Dios mío, ¡qué instantes aquellos tan angustiosos!

La cabeza de algún compañero de balsa con seguridad ha de haber encanecido en esa tan angustiosa mañana!

Poco a poco el punto negro que á lo lejos veían nuestros inyectados ojos tomando forma, y dos horas después pudimos, con bastante gusto nuestro, distinguir al *Steamer* que había causado el desastre de "La Bourgogne", pues traía la proa deformada.

Los pocos naufragos que habíamos quedado en la balsa, nos volvimos locos de júbilo cuando el "Cromartyshire" echaba al agua sus bates para impartirnos el tan deseado socorro. Se arrojaron los cables, y después de algunas dificultades y no pocos baños, quedamos instalados en diversos camarotes, habiéndome tocado el del Capitán.

¡Jamás he experimentado mayor bienestar y alegría que cuando entré al camarote en compañía de la esposa del Capitán del buque que causara nuestra inmensa desgracia! Empecé á tocar las paredes, y todo, todo lo que en mi alrededor había, no estando convencida aún de mi salvación: y para complemento de mi dicha se me antojó que los pajarillos, con sus cantos dulces, celebraban, acaso, el triunfo que había obtenido de la muerte cuerpo á cuerpo!

¡Cuán agradables parecieron las flores! . . .



El desastre de "La Bourgogne"

### Teatro de Guanajuato.

Muy cerca está el día en que debe inaugurarse el gran teatro Juárez construido en Guanajuato, y creemos conveniente anticipar á nuestros lectores el conocimiento de algunos detalles de esta primorosa obra de arte, cuya terminación se debe al progresista é inteligente Lic. D. Joaquín Obregón González. Cuando se inaugure tendremos el gusto de publicar cada una de las maravillas de este edificio.

Su costo total fué de \$600,000 más ó menos, y la mayor parte de esta cantidad fué gastada por el Gral. D. Manuel González en su época, siendo la otra, y no pequeña, la que ha empleado el actual Sr. Gobernador para dejar completamente terminada la obra.

Comenzada en la administración del Gral. Antillón, fué después abandonada la obra durante 18 años hasta que el Gral. González, contando con los recursos suficientes, determinó concluir!a.

Al efecto pidió al arquitecto Sr. Antonio Rivas Mercado, el proyecto y presupuesto respectivos para terminar la obra, introduciendo grandes reformas y bajo un plan más lujoso y más de acuerdo con la idea moderna de seguridad y salubridad requeridas para esta clase de edificios.

Aprobados que fueron los planos del arquitecto Rivas Mercado, éste, asociado del ingeniero Alberto Malo, fueron á los Estados Unidos á contratar y hacer ejecutar bajo su dirección, todo lo necesario para el Teatro, así como el de Silao, á fin de no tener á

su regreso más que armar las estructuras de fierro, colocar la ornamentación de la pili nuevo (*fire proof*) la carpintería, muebles y cortinajes.

Cuanto se trajo para el teatro fué confeccionado en Estados Unidos, por las mejores casas especialistas de Chicago y New York.

Algunas otras cosas, como muebles del foyer, telón y manto de ariequin, así como el gran candil, son hechos en París por los señores Bertrand, Taillet y el telón pintado por el gran pintor escenógrafo señor Lavasta del Teatro de la Opera Cómica de París.

Todas las obras, tanto de ingeniería como de ornato, fueron terminadas en Guanajuato bajo la dirección de los señores Malo y Rivas Mercado.

La ornamentación traída de Chiaoago la colocó el señor J. Cabrera (hijo) de México.

Y este señor también ejecutó la parte de pintura, siguiendo en todo las instrucciones dadas por el arquitecto Rivas é ingeniero Malo.

En un principio, por indicación de estos señores, se pensó en traer las decoraciones tales como vistas y previstas, rompimientos y telones de fondo, bambalinas de Italia y París, pues sabido es que á la gran perfección y habilidad de los pintores escenógrafos de esos países, se reúne la gran ventaja de la baratura en el precio; pero el señor Obregón González creyó poder por medio de un concurso entre los señores Américo, Herrera y Pérez, obtenerlas aquí reuniendo buenas condiciones de precio y de *savoir faire*.

Al efecto nombró una comisión de personas notables de Guanajuato, entre los que figuraban los Sres. Alcázar y Castañeda para que hicieran un contrato por terceras partes de la decoración que se necesitaba, con cada uno de esos señores pintores y nombrados.

El Teatro ocupa una manzana aislada. Su frente ve al Oriente y ostenta un pórtico monumental formado por una gran columna que abarca dos pisos.

Cinco grandes entradas dan acceso al público de patio y palcos.

Las galerías y palcos terceros tienen sus entradas, escaleras y expendios de boletos especiales, completamente independientes.

El Ayuntamiento y Gobernador tienen igualmente por las calles laterales sus entradas y escaleras para llegar á sus respectivos palcos.

Hay además otras cuatro puertas de salida para el público en caso de incendio.

El servicio de los artistas, entrada y salida de material de la escena, queda asegurado por detrás con entrada especial.

Como el edificio tiene numerosos balcones en cada uno de sus pisos que dan á las calles laterales, hay también escaleras de salvamento, de acero, colocadas al exterior.

Si á esto se agrega que el telón de asbestos interrumpe toda comunicación con el foro y que todo el Teatro está previsto de agua, con presión de varias atmósferas, se comprenderá que un incendio no causaría desgracias ni grandes desperfectos materiales.

La ventilación por medio de tanto balcón que da al exterior, si se quiere, será directa é inmediata; pero además, el foro y la sala, tienen su ventilación y tomas de aire perfectamente establecidas.

En cuanto á lo verdaderamente notable de este Teatro, es la parte artística; llama sobre todo la atención el interior de la sala de espectáculos. Es de arquitectura morisca.

Cuatro horas después de que fuimos recogidos á bordo, "El Gracian" era avistado, y una vez cambiadas las señales del caso, dirigió su proa hacia nosotros, remolcó al buque averiado y nos condujo al puerto de Halifax donde desembarcamos el día se's de Julio.

¡Nunca podré olvidar lo confortable, lo hermosa y hospitalaria que me pareció la tierra firme de los Bancos de Nueva Escocia!

¡Aún el vértigo me atrae con su desconocida fuerza! . . . ¡Y mi retina guardará por mucho tiempo las negras sombras que la muerte produjo en torno mío!



Mme. Victoire Lacasse.



## Grupo de alumnos ciclistas del Liceo Francés

### El desarrollo físico en los niños

El digno y culto director del Liceo Francés M. Félix Weill y su inteligente y activo colaborador M. Duparque, han tenido una feliz idea organizando en ese establecimiento que cada día adquiere más crédito entre las familias mexicanas y extranjeras de la Capital, un grupo de alumnos ciclistas, que funciona plenamente en los días de *congé* y que dió muestra de suma habilidad en el manejo del moderno aparato en las carreras que tuvieron verificativo el 14 de Julio último, día en que ese que podríamos llamar *Club infantil de ciclistas*, se estrenó con éxito.

Publicamos con estas notas una fotografía del gracioso grupo á la derecha de la cual aparece M. Weill y á la izquierda M. Duparque.

Como verán nuestros lectores, el núcleo de *petits sportmen* es nutrido y en él figuran niños de todas las edades intermediarias entre los 6 y los 16 años.

Causa placentero asombro ver la elegante facilidad con que esos chicuelos manejan sus máquinas, merced á previos y pacientes ejercicios en que M. Duparque, Presidente como si dijéramos del Club, ha sido infatigable, y en que las palabras de aprobación del señor Director del colegio sirvieron de poderoso estímulo. Cualquiera diría al ver la hermosa fotografía, que tiene por fondo el parque umbroso y pródigo de brisas saludables del Colegio, que los ciclistas adolescentes son los más hábiles á juzgar por su con-

Clement Petit, Maurel, Marron, Pérez, Guillen, Montauriol, García Manrique, Couttolene, Garcidueñas Nelson, Tumoine, Ponce, Burgos, Vent, Laborde y Linder.

El Sr. Weill y el Sr. Duparque, dando toda la importancia debida á la sábia máxima *mens sana in corpore sano*, alternan hábilmente por ministerio del ciclismo el ejercicio vigorizador con las tareas intelectuales, y merecen por ello nuestro más sincero aplauso.

## La policía de Madrid impide la circulación de periódicos.

Quando llegaron á Madrid las noticias del desastre de Cavite ocurrido el 1º de Mayo, los periódicos de la capital de España, admirables por la oportunidad de su información, dieron á la estampa todos los pormenores de tan grave acontecimiento.

La policía de Madrid, llevada de un celo tan impetuoso como necio quiso suspender, y de hecho impedía en las calles, la circulación de los periódicos que contenían noticias de los sucesos de Cavite.

Pronto tuvieron conocimiento de los desmanes de la policía las autoridades superiores y desde luego ordenaron el restablecimiento de la libre circulación de los papeles públicos.



Sra. Lucrecia Allen de Romero.

✠ en Nueva York.

Sus palcos volados llevan á guisa de barandillas, unas filigranas de oro de un gran efecto. El arco de proscenio es riquísimo, de bellas proporciones y brillantes colores.

La profusión de toques de metales de todos sonos, así como las 400 luces incandescentes que alumbran la sala, dan un conjunto feérico.

Hay en el primer cuerpo un hermoso foyer, salón de *toilette* y *buffet* para las damas, situado en el Gran Patio de cristales.

Este teatro puede contener unas 1,500 localidades. Todos sus asientos son americanos y apropiados á lo caluroso del clima.

### La Sra. Allen de Romero

Una de las damas más distinguidas que figuró en esta capital y en la de los Estados Unidos.

Esposa de nuestro representante en Washigton ha dejado al morir un desconsuelo inmenso entre las damas de las dos naciones vecinas, de las que fué honra y ornato.

Norte americana por nacimiento, por su matrimonio con el Sr. Romero adquirió la nacionalidad mexicana y nuestra tierra recojerá su cadáver.

Las honras fúnebres que se hicieron en Washington á la distinguida señora y las que se le preparan en México, indican el alto y gran aprecio que disfrutaba en ambos países, por sus méritos y virtudes eminentes.



## La policía de Madrid impide la circulación de periódicos.

fiada aetitud junto á sus máquinas Empero los ciclistas niños compiten con ellos muy ventajosamente á las veces, batiendo *records* proporcionados á su edad y dando muestras de una soltura admirable.

Mencionaremos los nombres de los niños que figuran en el grabado, estampando de paso un elogio para su uniforme de *campana*, muy elegante y gracioso:

Moreau, Bournon, Combaluzier, Huguenin, Dublan,

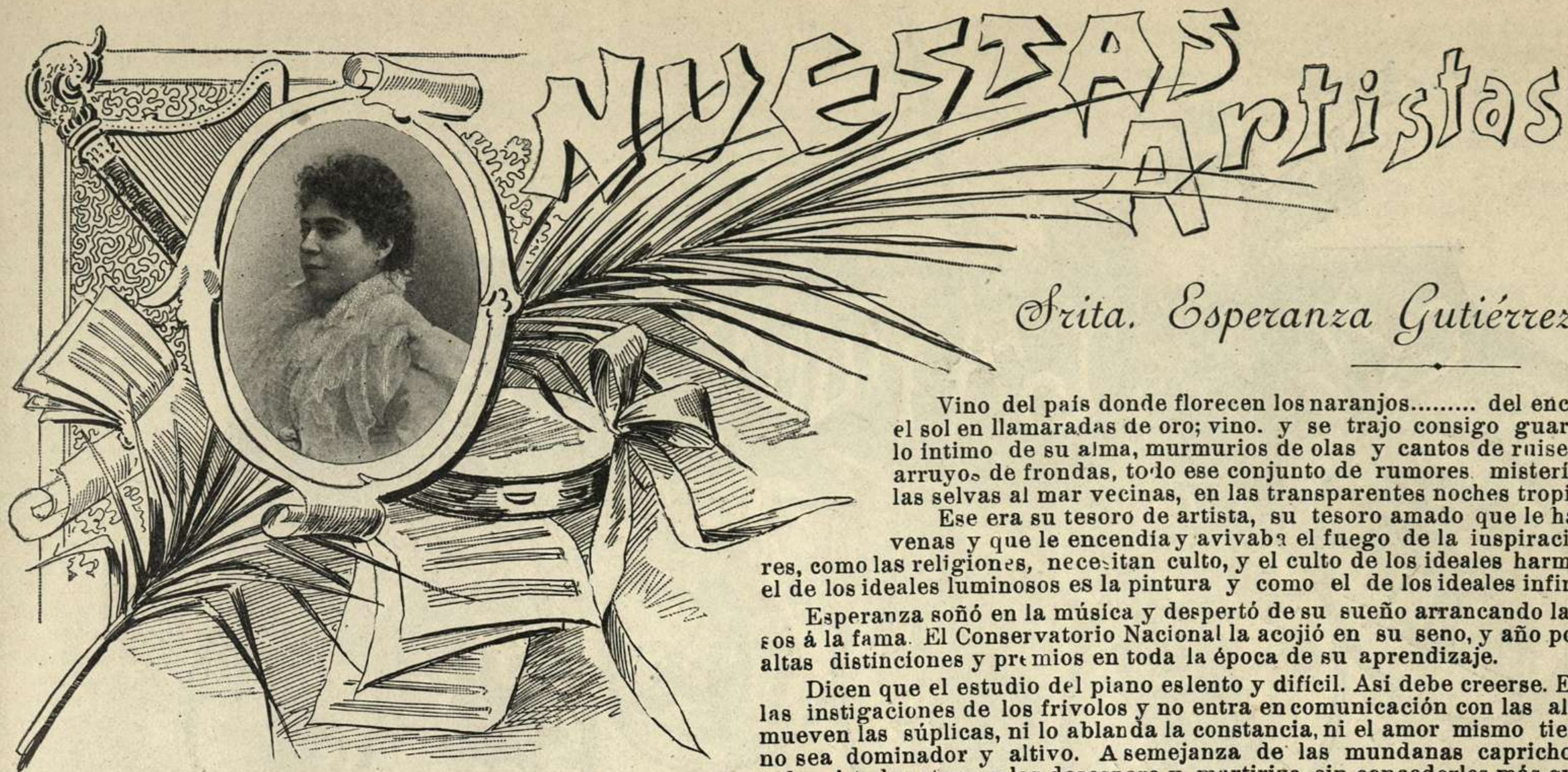
La pereza es la mayor prodigalidad del mundo. Pierde lo incalculable en relación á lo que se podría hacer en el presente, lo que es irreparable una vez pasada la hora; porque la hora es imposible volver á encontrarla por poder ninguno del arte ó de la naturaleza.

Jeremias Taylor.



Grupo de alumnos ciclistas del Liceo Francés.





Srita. Esperanza Gutiérrez Méndez.

Vino del país donde florecen los naranjos..... del encantado país que envuelve el sol en llamaradas de oro; vino. y se trajo consigo guardados cuidadosamente en lo íntimo de su alma, murmurios de olas y cantos de ruiseñores, suspiros de brisas y arroyos de frondas, todo ese conjunto de rumores misterioso y solemne, que puebla las selvas al mar vecinas, en las transparentes noches tropicales

Ese era su tesoro de artista, su tesoro amado que le hacía arder la sangre en las venas y que le encendía y avivaba el fuego de la inspiración. Pero todos los amores, como las religiones, necesitan culto, y el culto de los ideales armónicos es la música, como el de los ideales luminosos es la pintura y como el de los ideales infinitos es la poesía.

Esperanza soñó en la música y despertó de su sueño arrancando laureles a la gloria, y aplausos a la fama. El Conservatorio Nacional la acogió en su seno, y año por año la concedió las más altas distinciones y premios en toda la época de su aprendizaje.

Dicen que el estudio del piano es lento y difícil. Así debe creerse. Ese impasible, se resiste a las instigaciones de los frívolos y no entra en comunicación con las almas vulgares, ni lo conmueven las súplicas, ni lo ablanda la constancia, ni el amor mismo tiene poder sobre él, como no sea dominador y altivo. A semejanza de las mundanas caprichosas, el piano se burla de todos a t dos atrae y los desespera y martiriza, sin concederles más que insípidos favores: pero

llega su elegido, su amado del corazón, su señor, y la fiera se amansa y viene a lamer las manos que la castigaron, y a gemir y sollozar de felicidad al contacto de una caricia.

El piano!..... máquina imponente, se os ríe a las barbas con sus teclas blancas y grandes, que parecen los dientes de una enorme boca de clown; pero llega el artista y resulta que esa máquina tiene alma y nervios y delicadezas de niño mimado y arrebatos de gladiador enfurecido. Piano y pianista se estrechan en abrazo convulsivo, se besan con felina desesperación, se desprenden de la tierra y roban al infinito la augusta sinfonía de los astros.

Cuando un artista viene, es Puk, el perseguido de las abejas, quien baila sobre sus manos y las hace recorrer el teclado, produciendo músicas deliciosas; y mientras toca el artista sigue Puk derrochando el caudal de sus gorgeos, aprendidos durante muchos siglos en las selvas que ha llenado de encanto el reír de los manantiales y el parloteo de los nidos. Pero si no es artista quien llega, Puk vuela, vuela con sus alitas de duende y se va a seguir jugando con Flor de Chicharo y Tela de Araña.

—Está usted solo? preguntaban una vez a Mozart.

—No, contestó; estoy con mi clavicordio.

Y en efecto, los pianistas no están solos nunca. El piano, gran amigo de todas las horas, guarda el capital de los recuerdos y siempre cariñoso y lleno de inefables ternuras, suele, entre las cenizas de alguna memoria muerta, encender la chispa de una ilusión venturosa.

Esperanza sabe todo eso porque es artista de corazón y ha conseguido, como la pareja enamorada de que habla Victor Hugo, prender al silfo por las alas y no dejarlo que se vaya nunca.

VIEJOS ROMANTICISMOS

AVES

A Jesús E. Valenzuela.

I.

Niña!.. Qué hondo recuerdo arrancas  
Era un alero mi corazón  
cuajado siempre de aves blancas  
cuando en mi cielo nacía el sol.  
Exuberancias, vida, firmeza,  
todo le trajo la juventud.  
¡Ay! pero huyeron de su belleza  
las aves blancas de la pureza  
como espantadas de tanta luz.

II.

Y fué más tarde, de aromas suaves,  
árbol umbroso mi corazón,  
donde cantaban azules aves  
cuando en mi cielo subía el sol.  
El sol se puso vino la obscura  
y negra noche de mi dolor,  
y se perdieron en la espesura  
las armonías de mi ventura,  
aves azules de la ilusión.

III.

¡Sol de mi cielo, ya no me alegras!  
Es templo en ruinas mi corazón,  
lúgubre nido de aves negras  
entre las sombras de mi dolor.  
Un misterioso rayo de luna,  
pálido y leve hilo de luz,  
esta tiniebla sólo inportuna....  
¡Que no se apague!... Es mi fortuna,  
es un recuerdo de juventud!

IV.

¡Oh tiempo! Dejo las puertas francas;  
veloz penetra, que si es verdad  
que todo arruinas, que todo arrancas,  
cual las azules, como las blancas,  
las aves negras te llevarás!

LUIS G. URBINA.

NIEVE TARDIA.

Tras de vernal temperatura, nieve.  
En los recién reverdecidos campos  
tiende la nieve silenciosos ampos  
sin que las hojas ni los tallos mueva.  
Mas, presto, el sol á deslizarse prueba  
por fugaces y súbitos escampos,  
y se trasluce, á los inciertos lampos,  
bajo el copo sutil, la fronda nueva.  
La nevasca en las sendas derretida,  
en árboles y cuadros permanece;  
y en medio á su blancura esplendorosa,  
verdeguea la yerba humecida,  
surgen violas moradas y se mece  
con nieve entre sus pétalos la rosa.

J. GARCÍA RODRÍGUEZ.

Del Museo Internacional de Bruselas



LA SEGADORA - Cuadro de Reabur.

DE "ACUARELAS"

Para Bernardelli, director artístico de la ESTRELLA OCCIDENTAL

I

Y de pronto los negros nubarrones  
se abren, como boca de caverna;  
y aparece en el fondo del espacio,  
transparente y azul, la luna llena.  
Matizanse las nubes desgarradas  
con colores de ámbar y de perla,  
y la luz, en los gruesos goterones,  
simula un vivo chaparrón de estrellas.  
El chubasco del Sur silvando azota  
los pinos seculares de la sierra;  
y rompe con estruendo el oleaje  
sobre del peñascal de la ribera.

II

No lejos del recodo en que amontona  
el vaivén de la mar, menuda arena,  
sobre la que, en las noches estrelladas,  
se recuestan y saltan las Nereidas....  
En fluctuación que á zozobrar lo empuja,  
va la barquilla frágil y ligera,  
sobre las olas turbias y encrespadas,  
que en espumajes de furor revientan.  
Y en tanto que en la barca combatida  
un pescador anciano rema, y rema,  
la huerfanita, con las manos juntas,  
sobre la playa arrodillada, rezal....

III

Súbito, retorciéndose espantosa,  
se alzó la mar, como montaña inmensa,  
despedazó el tinón de la barquilla,  
y una racha terrible abrió la vela....  
—Oh Dios! Entonces convulsiva y loca  
se puso en pié la niña macilenta,  
á tiempo que el anciano la bendijo,  
levantando á los cielos la cabeza....  
¡Después abrióse el espantoso abismo,  
sorbíó la barca y se cerró tras ella!....  
¡La niña alzó los brazos, y en seguía  
cayó, como un cadáver, en la arena!

JOSÉ BECERRA

LA PODA

Antes de que la gaya primavera  
los despojados árboles del huerto  
vista otra vez, cultivador alerta  
empuña la sonante podadera.  
Guiada entre el ramaje la tijera  
por mano vigorosa y ojo experto,  
corta la inútil yema, el ramo muerto  
y la flor que aparece tempranera.  
Y cuando en los manzanos y rosales,  
al soplo de las auras matinales;  
vuelvan á susurrar hojas lozanas,  
los que hoy sufren heridas dolorosas,  
serán los que más bellas den las rosas  
y más grandes y dulces las manzanas.

J. GARCIA RODRIGUEZ.





### CUENTOS DE SOBREMESA

—Mis quer'dos amigos—dijo el Doctor Poupardot, poniendo su taza en el platillo y arrojando una bocanada de humo del excelente cigarro que fumaba,—es muy bonito el concurso general, las distribuciones de premios y los recuerdos de colegio, pero no es todo color de rosa en el oficio de antiguo camarada de clase, según la experiencia que hice el mes pasado.

—¿Cómo? le pregunté.

—Con aquel animal de Galimard

—¿Cuál Galimard? ¿el que estuvo con nosotros en el liceo?

—El mismo.

—Vamos! y qué se ha hecho aquel buen Galimard?

—Se ha vuelto muy viejo.

—Cómo, muy viejo? Supongo que no lo será más que nosotros. Éramos de la misma edad aproximadamente.

—Pues bien, querido Galimard tiene hoy cuarenta años más que nosotros.

—¿Que bromal!

—No es una broma, vais á verlo.

—Sea. Pero al menos nos dirás cómo se ha operado ese milagro.

—Figuraos que el mes pasado Galimard llegó súbitamente á París. Porqué? Por una razón bien sencilla. Hacía quince años que plantaba coles en su provincia cuando una bella mañana se imaginó que en aquel penoso oficio había contraído una enfermedad mortal.

No comía, no bebía, no dormía, así lo afirmaba, y sintiéndose perdido, una idea cruzó por su genial cerebro.

—¡Vaya!—se dijo golpeándose la frente—ya tengo lo que me hace falta!

Poupardot, mi amigo Poupardot que se ha establecido en París como médico, no dejará morir así como así á un antiguo camarada. Me examinará, me cuidará, me salvará. Corramos á ver á Poupardot.

Y vino á verlo. Es decir, que llegó á mi casa un domingo á las siete de la mañana, al bajar del tren, y me declaró tranquilamente que teniendo necesidad de mis más asiduos y atentos cuidados, no se movería de mi casa hasta que estuviera radicalmente curado. Ya me conocéis cuán débil soy.

Me describió minuciosamente todos sus males fisi-



cos y morales, sus tristezas y sus esperanzas, su pasado, su presente y su porvenir. En asuntos de intereses no andaba mal, pues no solamente conservaba su heredad sino que la había mejorado notablemente, agregándole extensas porciones de terreno, compra-

do á sus convecinos. Para completar su ventura, un buen matrimonio lo había puesto en posesión de otras tierras y una abundante suma de dinero en títulos de la deuda pública que formaban la dote de su mujer.

Esta era lo que se llama una alma de Dios; tenía ocho años menos que él, carácter blando y jovial, belleza sana y atractiva y otras muchas cualidades entre las que descollaba su habilidad para hacer pasteles de liebre y compotas de manzana que se comía uno los dedos tras el bocado.

Ahora estaba en cama todavía á consecuencia del último alumbramiento; un chiquitín, tamaño de gordo, el séptimo de la serie, pero pasados los cuarenta días la haría venir á París con todos sus vástagos, para que yo la conociera y ella conociera la capital.

Entre tanto, él se instalaba conmigo y yo mismo le cuidaría, pues de ese modo y fiado en mi antigua amistad estaba más seguro del resultado.

No me atreví á ponerlo á la puerta; un cuarto de hora despues estaba instalado en una cámara al lado de la mía y allí estuviera aún si al cabo de quince días no hubiera encontrado el medio de librarme de él.

—¿Era molesto?

—¿Molesto? es poco, decid que mi casa se había vuelto inhabitable: imaginaos un mocetón que andaba por todas partes como en su casa, que lo desarreglaba todo, que ocupaba á mis tres criados para su servicio, cambiaba las horas de mis comidas, se instalaba en mi gabinete cuando daba consulta á un cliente, y para coronar su obra entraba á las dos de la mañana haciendo un ruido terrible con las puertas.

—¿Y su enfermedad?

—No tenía ninguna. Galimard se había cuidado y nutrido muy bien durante muchos años, y su enfermedad era sencillamente un exceso de salud.

—¿Entonces? . . . . .

—Entonces, el movimiento que se daba en París sumprimía la causa de su malestar, se sentía cada vez mejor y no pensaba en regresarse.

Hasta llegó á pensar en lo conveniente que sería no llevar á cabo el viaje de su mujer, porque—me reveló en confianza—había tropezado casualmente con una joven, modelo de virtudes y linda como una amapola, á quien le había hecho creer que era soltero y con la cual tenía relaciones honestas desde hacía una semana.

Como me refiriera que esa virtuosa joven trabajaba en un café cantante echando al aire coplas de color subido y beilando jotas y boleras, traté de desvanecer su error haciéndole ver era difícil si no imposible que ninguna virtud genuina, pero ni siquiera falsificada pudiera existir ni subsistir en establecimientos de esa categoría. Pero ¡qué había de convencerlo! por el contrario montó en cólera, me tachó de envidioso y á no ser por la habilidad con que supe apaciguarlo haciéndole ver que podía yo estar equivocado, creo que me rompe una silla en la cabeza.

Lo dejé, pues, con su capricho que en último análisis me libertaba del peligro de que un bello día amaneciera en mi casa con toda su familia, y procuré no preocuparme más por lo que le ocurriera en el mal camino á que podían llevarlo su natural fogoso y su carencia absoluta de conocimiento de la localidad.

Además, París lo divertía enormemente; como en su vida había venido, todo era nuevo para él: los monumentos, las calles, las plazas, los jardines públicos, los picos de gas, la luz eléctrica, ¿qué se yo? . . . . . El teléfono, sobre todo, le producía una admiración profunda. Tengo uno en mi gabinete. Un día Galimard que andaba de paseo encontró una distracción inteligente: consistía en platicar conmigo desde todos los puntos

de París. Cada cuarto de hora, drin drin, era la campanilla del teléfono que me llamaba y Galimard, siempre Galimard pidiendo hablarme.

A la vigésima cuarta vez rompí, rabioso, mi aparato. Aquello me costó cien francos de reparación y una docena de visitas á que no concurrí por no haber sido advertido á tiempo.

Al día siguiente tocó el turno á los relojes neumá-



ticos. Al principio no los había notado creyendo que eran como los relojes comunes, pero una mañana, á consecuencia de un accidente sobrenatural á un tubo, todos los relojes del barrio se detuvieron á la vez.

Galimard preguntó la causa y yo pasé dos horas explicándole cómo funcionaban aquellos aparatos.

Fué preciso conducirlo al taller donde se fabrica el aire comprimido que se arroja en seguida á los tubos, mostrarle aquellos tubos que corren subterráneos en todo París y alimentan á millares de relojes cuyas agujas marchan iguales cada minuto, es decir, cada vez que una nueva porción de aire se introduce á los tubos.

Pero cuando supo que aquel sistema lo tenía en casa, aquello fué otra cosa. "¿Cómo, el reloj que estaba allí, sobre su propia chimenea, en su propia cámara, marcaba la hora que le enviaban de allá abajo, por aquel sopló de aire regular echado en los tubos cada minuto? ¡Oh! era verdaderamente prodigioso! Recibir el agua y el gas á domicilio por tubos subterráneos, ya era admirable, pero ¡la hora! . . . aquello confundía la imaginación!



Era media noche y yo me retiré dejándolo en contemplación delante de su chimenea.  
Al día siguiente, mi criado que había entrado en la cámara de Galimard, me comunicó que había roto el tubo de su reloj, sin duda mirando cómo funcionaba. Una idea infernal surgió en mi espíritu.  
—¿Está roto el tubo de su reloj? pregunté á mi criado.  
—Sí, señor, enteramente.  
—¿Y qué hace ahora?  
—El Señor Galimard? Duerme.  
—¿Está bien dormido?  
—Profundamente.

Me levanté de mi escritorio, pasé á mi gabinete tocador y tomé un paquete de polvos de arroz y una borla, luego, de puntillas; me dirigí al cuarto de Galimard. Abri la puerta con precaución: Galimard en medio de la cama y boca arriba dormía el sueño de la inocencia; me acerqué é impregnando la borla de polvo de arroz, con mano ligera, insensible, para no hacerle cosquillas, le empolvé pacientemente los cabellos y la barba.

Poco á poco, bajo la finalluvia de polvo, su barba y cabellos tomaron un tinte gris que acentué gradualmente hasta el blanco más puro. Cuando juzgué completa mi obra, guardé la polvera en mi bolsillo y tocando á Galimard en el hombro, exclamé con voz natural:

—Y bien, mi viejo, ¿cómo va esta mañana?  
Despertó sobresaltado, se incorporó en su lecho y

permaneció sentado, abriendo desmesuradamente los ojos, entonces exclamé con un grito de estupor.  
—¡Dios mío! ¿qué te ha sucedido? ¿estás completamente cano!  
—¿Completamente cano? repitió con aire de espanto.  
—Enteramente. Mirate.  
Dócilmente saltó de la cama y corrió hacia el espejo de la chimenea.  
Al contemplarse sé estremeció todo su cuerpo  
—¿Es posible? exclamó.

Me había aproximado á la chimenea.  
—¡Ah! dije bruscamente, ya caigo! ¡Desgraciado, tú has tocado este reloj!  
—¡Sí! murmuró Galimard, cuya voz no era más que un soplo.  
—Y lo has desarreglado! mira el tubo, está roto.  
—¿Y bien...?  
—Pues bien, triple imprudente ¿no comprendes lo que te ha sucedido?  
—No.



Detrás de él yo hacía gestos como un hombre desesperado.  
—Pero en fin, le dije, ¿qué has hecho, qué te ha sucedido?  
—¿Acaso lo sé? contestó enloquecido.

cinco minutos después, con su maleta en la mano, bajaba de cuatro en cuatro, los escalones de la casa. Nunca lo he vuelto á ver.

—Y, sin embargo; es bien sencillo, su pongamos que ese tubo, es de gas, si lo rompes ¿qué efecto se produce?  
—¡Tomal un escape de gas.  
—Pues bien, lo que llega por ese tubo no es gas, sino horas.

—¿Y qué?  
—Que has tenido toda la noche un escape de horas en tu cámara, y tanto, que ahora...  
—¿Ahora...?  
—¿A qué hora has roto eso? le dije, sacando mi reloj.

—No recordó, pero creo que fué á media noche.  
Miré mi reloj y moví los labios como si estuviera haciendo un cálculo.  
—Ahora, le dije friamente, tú tienes sesenta y siete años!

Arrojé un grito de terror, se precipitó sobre su pantalón que se puso con febril rapidez y

Arrojé un grito de terror, se precipitó sobre su pantalón que se puso con febril rapidez y

JOSEPH MCNTERT.

## LOS VIEJECITOS

I  
La señorita d'Outreval vivía en el extremo de la calle de Recoletos, en una casita que cubrían con su sombra las altas torres de la Catedral. Muy cascada, muy arrugada, no teniendo fuerzas más que para arrastrarse de un sillón á otro, pasaba las horas atizando el fuego con sus temblorosas manos cubiertas con mitones; adormeciéndose en dulces y vagas somnolencias, en que los recuerdos del pasado le fluían al corazón oyendo á una cotorra verde que, con su voz aguda gangueaba sin cesar las mismas frases; y cuando el sol hacia el medio día, iluminaba por un instante los empolvados vidrios, observando los carruajes que rodaban afuera sobre las grandes y húmedas baldosas.

Ella no echaba de menos ninguna felicidad, ni tenía nostalgia alguna y aguardaba su fin con la altiva indiferencia del creyente que entrevé el eterno descanso á través de las estrellas.

No había en el silencioso salón ningún reloj que marcara la huida del tiempo.

Sola en el mundo, la última de su nombre, no contando los años que se agregaban á los años y que le abrumaban con su peso; la solterona estaba reducida á la compañía de su sirvienta casi tan vieja como ella y de un pobre caballero de Malta, que la había adorado en otro tiempo en Combletz; y que cada tarde, como un devoto que va piadosamente á recitar su oficio á la iglesia, descendía cojeando desde el otro extremo de la ciudad con su bastón de puño de oro y sus zapatos de lazos, á tomar una taza de té y á hacer una partida de pharaón de á dos centavos.

Entre estos dos abuelos, esta amistad era confiada, apacible, tan suave como el olor de esas frías rosas de invierno cuyos pétalos deshojados dejan sentir al menor contacto cierta impresión de hielo.

Ellos no reñían jamás; tenían el uno para el otro esas delicadezas del corazón tan enternecedoras y casi infantiles. Se olvidaban algunas veces de su edad y chocheaban exquisitas cosas, sonriendo como á lejanas visiones entrevistadas en la nieve.

Silvina había llenado la estrecha habitación del señor de Navicourt de baratijas que ostentaban las consolas, de cuadros de sederías, de bordados simbólicos, de sentimentales grabados, según la moda de antes.

El caballero, por su parte, se privaba de su rapé, economizaba sus mezquinas rentas para de tiempo en tiempo llevar á su amiga un ramo de violetas ó un cartucho de almendras que juntos roían después con sus bocas desdentadas.

II  
Hubiera sido preciso verlos bajo el resplandor amarillo de la lámpara que cubría una gran pantaya de guipur antiguo con sus siluetas de pájaros cuya sombra se movía sobre las paredes, sus dedos huesosos que temblaban al arrojar las cartas, y sus anteojos que se deslizaban á cada instante.

El vapor del té subía por encima de las tazas; ellos reflexionaban gravemente, titubeaban; contaban los puntos á media voz, se animaban, se despertaban poco á poco de la alucinación de todas esas figuras que danzaban delante de sus cansados ojos, y al fin de la partida, el caballero aproximaba su silla con un aire desembarazado, charlaba, aventuraba un cumplimiento sobre el aroma de los polvos ó el color de las cintas, se inclinaba, besaba por encima de los mitones las manos que la señorita d'Outreval le abandonaba, moviendo la cabeza, y entonces decía con inflexiones tiernas:

—¿Os acordáis, corazón mío, cuán cruel fuisteis conmigo?

Ella suspiraba sin responder nada y pensaba entonces en que habían sido jóvenes, en que sus corazones habían latido en unisono, en que demasiado coqueta y demasiado romántica, había ella de repente vuelto á otro lado la cabeza y cantado una nueva canción.

Se acordaban de las frías ciudades de Alemania en donde tiritaban, de las batallas inútiles, de las escarpadas blancas que prendían á los remendados vestidos de Corte; del destierro tan largo, en el cual, sin embargo, se había tan arrogantemente luchado contra la mala suerte; bosquejado tan tiernas aventuras y roto muchas espadas, tanto por la buena causa como por los lindos ojos de las bellas emigradas.

—¡Cómo bailaba este audaz corneta de Dragones! ¡Cómo hablaba de las mujeres con el insolente aplomo de sus veinte años! ¡Cómo sabía hacer sonar sus espuelas en los correadores é implorar por lo bajo una cita!

Ella, ¡cómo había sufrido y llorado para resistir á la tentación de esta dulce voz ardorosa y vibrante que la suplicaba, para ser la más fuerte y encerrarse en su orgullo como en una torre inaccesible!

¡Cómo le había él idolatrado! ¡Cómo había deseado cerrar con sus incandescentes y deliciosos besos sus grandes ojos de terciopelo, donde por momentos ardía no sé que luz espiritual y turbadora! y puesto que ella lo desechaba y lo ridiculizaba, con su sonrisa incrédula, puesto que ella tarareaba una copla burlesca cuando él pretendía supremos asaltos, él había huido y en veinte batallas había jugado su piel como se juega un luis.

¡Qué cruel fuisteis conmigo, Silvina! repetía él con la mirada perdida en el vacío; y la señorita d'Outreval repetía muy dulcemente:

—¿Seríamos los mismos buenos amigos que somos ahora, mi querido caballero?

Después, ella llamaba á su sirvienta: se dejaba besar aún la punta de los dedos, acompañaba al señor de Navicourt hasta la puerta, y mientras él bajaba la escalera, apoyándose en el pasamanos de fierro, exclamaba con voz inquieta y paternal:

—Sobre todo, tened mucho cuidado en el último escalón.

III  
Pues una noche, ellos charlaron un largo tiempo, bebieron, sin apercebirse de ello, tantas tazas de té, que poco á poco sus ojos se cerraron y se durmieron en mitad de sus ensueños acostumbrados, la boca entreabierta y las manos caídas y oscilando, como dos buenos viejos que han velado hasta demasiado tarde. La sirvienta, á quien no llamaban, continuaba su sueño en la cocina. Las bujías se consumieron hasta el candelero: el fuego se apagaba.

El día penetraba entre las cerradas persianas; los pájaros cantaban en los árboles del jardín, y de repente el repique que anunciaba la primera misa, la misa de los sirvientes, de la gente pobre, estalló fuera, concluyendo bruscamente en una lluvia de notas agudas y sonoras que sacudió los vidrios. La calle se despertaba. Los carros de los hortelanos descendían á gran trote por la plaza del Mercado.

La señorita d'Outreval entreabrió los párpados, se estiró, bostezó y dió un gran grito de estupor al ver al caballero que roncaba apaciblemente en el fondo de su sillón con la peluca al través y la corbata desatada.

El grito hizo enderezarse sobresaltado sobre sus poco seguras piernas al Sr. de Navicourt.

Se miraron con un azoramiento cómico de culpables á quienes un marido celoso acaba de sorprender y que avergonzados, no osan articular palabra.

—¿Era eso posible?  
¡El caballero había pasado toda la noche allí.

¿Qué irían á suponer? ¿qué irían á decir las perversas comadres, las buscadoras de escándalos?

¡Ella sería la fábula de la ciudad! ¡Estaba irremediablemente comprometida! ¡ella, la inmaculada, que no había jamás cometido ni un pecado venial!

¿Cómo saldría él á esa hora, en pleno día, sin ser visto de los vecinos y los canónigos que iban á Matines? ¿qué pensaría la sirvienta?

La pobre vieja se desesperaba, sollozaba en su pañuelo de encajes, y murmuraba con un tono lamentable:

—¡Qué desgracia! ¡qué desgracia!

Mientras tanto, el Sr. Navicourt habiendo arreglado el lazo de su larga corbata y arreglado su peluca, tosió como un hombre que se prepara á pronunciar un gran discurso, bien que mal, enderezó el torso, y muy conmovido, con entrecortadas palabras.

—Habría un medio, señorita... un medio de reparar... nuestra distracción... decid, ¿queréis concederme vuestra mano?...

Silvina le miró fijamente y tembló todo su cuerpo. ellos se abrazaron dulcemente sin decir nada.

Y hé aquí por qué la señorita d'Outreval se casó á los ochenta y cuatro años con el caballero de Navicourt, y no llevará en su entierro las blancas vestiduras que hacen pensar en las alas de los ángeles y en el brote de las azucenas.

RENÉ MAIZEROT.





## TRITONIADA

Cómo surgen mis memorias ante el Mar alborotado!  
El Mar es mi padre augusto. . . . Deja, deja que recuerde. . . .  
En los viejos episodios fui tritón enamorado  
de una joven oceánida oji-verde.

Sus cabellos impregnaban de su olor mi cuerpo todo,  
cuando trémulos mis brazos musculosos la ceñían;  
sus cabellos eran alga; verdinegras, que de iodo  
y de ozono los perfumes embriagantes despedían.

Qué dichoso si los besos de sus labios escarlata  
se posaban en mis labios, descendían por mi tronco  
y erizando de deleite mis escamas de oro y plata,  
inspiraban á mi oblicuo caracol su canto ronco. . . .

¡Cuántas veces, en la noche, de la luna á los reflejos,  
en la roca hospitalaria más distante y más esquiva  
constelada de rojizos carapachos de cangrejos,  
entregábase á mis ansias, ardorosa ó pensativa!

Cómo hendíamos las olas irritadas ó serenas,  
con su mano entre mis manos y en la suya mi pupila,  
y qué dulces serenatas nos brindaban las sirenas  
en los hoscos arrecifes de Caribdis y de Scila!

.....  
Quién dió muerte á mis venturas? Un delfín gallardo y bruno.  
—Te burlaron?—Me burlaron.—Te vengaste?—Sabiamente:  
Demandando su tridente formidable al dios Neptuno,  
los clavé sobre mi lecho de coral con el tridente. . . .

Cómo surgen mis memorias ante el Mar alborotado!  
El Mar es mi padre augusto. . . . Deja, deja que recuerde:  
En los viejos episodios fui tritón, enamorado  
de una joven oceánida oji-verde.

México, 1898.

AMADO NERVO.

## EL ORGULLO DEL VENCIDO.

### I.

—¡Avanza! Aunque es muy áspero el camino,  
Síguele con valor  
De la jornada al fin puso el destino  
El fin de tu dolor.  
Rompe las ligaduras de la tierra  
Que encadenan tus pies. . . .  
Toda esperanza el porvenir te cierra  
Si dudas. . . . ¡Anda, pues! . . . . .  
Ya sé que es fatigosa la pendiente  
Que tienes que subir;  
Mas el que siente lo que tu alma siente,  
Por ella tiene que ir.  
No vuelvas la cabeza y sigue andando. . . .  
Pararse es vacilar.  
¿Qué tardas mucho?—Llegarás. . . . ¿Qué cuándo?  
¡Cuándo debes llegar!  
¿Brotó la sangre de tu piel? ¡Qué importa  
Si vas hacia un edén!  
¡La jornada más larga es siempre corta  
Si se camina al bien!  
Yo te aseguro que tus tristes quejas  
Pronto han de tener fin. . . .  
Olvida tu pasado. . . . ¡Lo que dejas  
Es tan pobre. . . . tan ruin!  
Pasiones bajas que tu sér ligaron. . . .  
Estúpida ilusión. . . .  
Ansias locas é innobles que dejaron  
Seco tu corazón.  
¿Y qué hal'aste? ¿Qué dicha te dió el mundo  
A cambió de tu afán?  
Ninguna. Con el ímpetu profundo  
Que tiene el huracán,  
Arrancó la esperanza mantenida  
Por un fatal error,  
Logrando que en el árbol de tu vida  
No quedase una flor.  
Justo es, por tanto, que tu amor le niegues.  
¡No lo supo apreciar!  
¡Ya verás su miseria cuando llegues. . . .  
Donde debes llegar! . . . .

### II

—Tienes razón. . . . ¿Qué importa la fatiga  
Que consume mi sér?  
Sólo un afán mi corazón abriga:  
¡El poderla vencer! . . . . .  
No supongas que el áspero sendero  
Me da espanto. No tal. . . .  
Quien quiere con el ansia que yo quiero,  
Lucha y llega al final.  
Me atrae aquella luz resplandeciente,  
Y hasta ella tengo que ir. . . .

Bien dices. . . . Aunque es ruda la pendiente,  
Pararse es sucumbir.  
La blandura del suelo me sujeta;  
Quiere hundirme quizás.  
Mas siento la arrogancia del atleta  
Que no se vuelve atrás!  
Tienes razón. . . . El mundo ha despreciado  
Todo lo que le di. . . . .  
Con su desdén mi rabia ha despertado. . . .  
¡Y ahora me vengo así!  
Sigo. . . . ¿no he de seguir? Lo que era un sueño  
A realizarlo voy,  
Y el mundo, que me tuvo por pequeño,  
Ha de ver lo que soy.  
¿Qué importan la fatiga y el trabajo  
Si se han de compensar  
Con el placer que vean los de abajo  
Que al fin puede llegar?

### III

—Espera. . . . Ya es inútil. . . . Te has vendido. . . .  
No sigas. . . . Me engañé. . . .  
Loco estás. . . . No cambiaste. . . . Yo he creído  
Que tu orgullo era fé.  
Vuelve de nuevo al mundo que encadena  
Tu vida y porvenir,  
Porque resulta estéril tu faena. . . . .  
¡Nadie te ve subir!  
—¿Nadie?—No.—Pues entonces imagino  
Que es una insensatez  
Luchar con la aspereza del camino,  
¡Y me vuelvo otra vez!

LUIS DE ANSORENA.

## SONETO

(PENSAMIENTO DE ARMAND SILVESTRE.)

¿Todo en el mundo, abismo de amargura,  
cambia, desaparece ó cae vencido;  
todo se precipita en el olvido  
ó en el seno de negra sepultura?  
No: que hay algo eterno, algo que dura  
al través de la edad, firme y erguido:  
el corazón del hombre, combatido,  
y de las hijas de Eva la hermosa.  
Sí; la belleza, fuente de poesía,  
que en el pagano altar brilló sin velos,  
sigue retando al esplendor del día;  
Y ardiendo en fiebres. cóleras y anhelos,  
el corazón del hombre desafía,  
hoy como ayer, las iras de los cielos.

MANUEL REINA.

## Quién es Glifnéh...?

Al Lic. Manuel Marrón.

Glifnéh es la dulce niña de blonda cabellera  
Que en mágicos ensueños el bardo concibió,  
Cual una de esas sílfides que surcan la pradera  
A las cadencias lánguidas de amante ruiseñor.

Ella es la que rompiendo mis negras nostalgias  
Llevóme con sus alas al reino de lo azul,  
Donde al brindarme suaves é ignotas sinfonías  
Vibrar hizo de nuevo mi tético laud.

La v. rgen, que al abrigo de rosas perfumadas  
Que forman como un manto teñido en arrebol,  
Cambió por frescas flores mis flores deshojadas  
Y al corazón ya muerto con besos despertó.

Por eso yo la adoro; por eso cuando tiende  
Sus alas—rosa y oro—la brisa matinal,  
Y á los nivosos pétalos de las camelias prende  
Millares de perlitas de límpido cristal,

Mis pasos inseguros dirijo con anhelo  
En pos de su adorable poético jardín  
Y corto las campánulas, azules como el cielo,  
Para alfombrar con ellas su regio camarin.

Y entonces entre las ramas de colosal parota,  
Desgrana sus melifluos arpegios el turpial,  
Y canta enamorada la pálida chiltota  
Mirando á los polluelos que pronto volarán.

Las ondas del torrente se ocultan fugitivas  
Entre los terebintos pintados de carmín,  
Entreabren sus corolas soberbias sensitivas  
Y el sol surge entre nubes de gasa carmesí.

¡Oh reina! ¡oh soñadora! ¡princesa de un pasado,  
Que deshojaste lirios al pié de un ataúd! . . .  
Magnífica corona los elfos me han mostrado  
Con que ceñir anhelan tus sienes de querub.

Es ella, la que en noches calladas y tranquilas,  
Cuando la luna vierte mirífico esplendor,  
Desciende hasta mi alcoba que alumbran sus pupilas  
Y entusiasmada vuelca la copa del amor.

La que me arrulla cuando letal melancolía  
Acerba y punzadora se adueña de mi ser,  
La rubia por quien tengo inmensa idolatría,  
Mi ensueño, mi esperanza. . . . esa es, esa es Glifnéh!

EDUARDO MELO Y ANDRADE.



## ¡POR UN MARIDO!

NOVELA ORIGINAL DE MARC DE CHANDPLAIX—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 7.

—Sí: ese frasco tiene un perfume muy vivo que posee propiedades particulares y me ha traído á un descubrimiento importante.

Binao dijo:

—Es un perfume indio: contiene aceite de palmero, sándalo y el jugo de una planta.

—Quisiera conocer esa planta, dijo el Doctor y la conoceré. Pues este frasco se dejó destapado en mi camarote que cedí á la reina anoche; y hoy al recobrarlo tuve una dolorosa sorpresa hallando á mis arañas muertas todas en torno del frasco. Así lo creí de pronto pero luego noté que no estaban sino adormecidas y mientras pensaba en esto, como el perfume me mareaba, tapé el frasco y á poco las arañas empezaron á caminar. Entonces, el perfume las narcotizaba! Para estar cierto llamé á Prince, le dí á oler el frasco y se durmió también.

—¿Y usted? preguntó Nelly sonriendo.

—Yo sentía más bien cierto bienestar.

—Sí, dijo Binao. este perfume atrae á los insectos y los adormece. Los indios dicen que se hace uno amar poniéndoselo en todo el cuerpo.

El Doctor dijo riendo á Binao.

—En ese caso regálame un frasco.

—Y á mí otro, añadió el Comandante.

—Ese efecto sólo lo produce en las mujeres, respondió seriamente Binao.

—Déjeme usted, pues, éste, dijo Nelly.

—Si lo quieres... pero tú no necesitas de eso.

—Exacto, concluyó el Comandante. Pero ahora que el asunto del perfume está agotado ¿no me dirá usted Nelly por qué está aquí?

—Pues bien, mi padre y yo, como la reina Binao, hemos sido expulsados por los hovas.

—¿Expulsados? dijo el Comandante.

—Oh! yo! dijo Binao, partí porque quise.

Pues á nosotros se nos puso á la puerta y sin pagar á mi padre lo que se le debía.

—¿Y qué va á hacer ahora? preguntó el Comandante.

—¿Por qué los expulsaron? preguntó el Doctor.

—Pues yo por mi aturdimiento tuve la culpa, Recordará usted, Comandante, que le ofrecí un plano de Madagascar que había sido levantado por mi padre y contenía un itinerario secreto; para cumplir mi ofrecimiento, puse de mi propia letra:

«Homenaje del autor al Comandante del Colibrí.»

Pues yo no supe donde puse el tal plano, que estuvo á punto de dejarme sin despedirme de ustedes porque había ofrecido llevarselo al Comandante al tiempo de partir. El caso es que á pocos días, el Gobernador mandó llamar á mi padre y con el plano en la mano le dijo: «Mayor, ya no necesitamos de los servicios de usted. Volanabé —porque allí estaba Volanabé, más sonriente y empomado que nunca—va á dar orden de que se preparen los fitakones para conducir á usted á Diego y dejarlo con sus amigos los franceses.» Mi padre quiso dar explicaciones, pero le fué imposible hacerse entender de esos brutos.

—¿Pero cómo cayó ese documento en las manos del Gobernador? preguntó el Doctor mientras de Chalmont reflexionaba.

—Eso es lo que nunca pudimos averiguar. ¿Saben ustedes lo que dicen ellos? que lo encontraron en la casa que ocuparon ustedes en Ambohimarina.

—Imposible, dijo el Comandante.

—Sin embargo, es lo que pretenden, y como decía Ivon, en esto se debe ver la mano de Volanabé, pero esta nueva picardía no le ganará el paraíso y el viejo Ivon es un valiente á quien siempre le conservaré gratitud

—Por qué? preguntó Lerbon mientras Juan seguía preocupado.

—Volanabé nos condujo á Diego; y como no estaban ustedes ya allí, (lo que fué para nosotros una gran decepción) pensamos en el viejo marino y lo fuimos á ver, refiriéndole lo que nos había sucedido. El se indignó, nos instaló en su casa y fué á ver al Gobernador francés para que nos concediera una entrevista. Nosotros entre tanto fuimos á la playa cavilando en nuestra desdicha. Mi padre estaba abrumado, pues aunque el Gobernador consintiera en repatriarnos ¿qué iba á hacer él en el Canadá? Yo le consolaba dicién-

Mora Foutssy que apenas volvía de su terror no contó la escena que acababa de presenciar.

—¡Bravo por Ivon, bravo! exclamó Binao, ese trato se merecen todos los hovas.

El Comandante y el Doctor no pudieron prescindir de reirse de la salida de Binao, mientras Nelly continuó:

Lo que más nos interesaba era la respuesta del Gobernador y como Ivon lo comprendía así cortó el relato de su mujer y nos dijo: «El Gobernador espera á ustedes y tiene una colocación para el Mayor.—¿Aquí? interrogó mi padre.—No, pero cerca, en las islas Comoras con un inglés muy rico que vive solo en sus tierras, se fastidia y necesita un dependiente.» Todo esto era bastante vago é inesperado; pero el Gobernador nos dió informes más precisos y mi padre, instigado por mí, aceptó. Por el camino daré á ustedes más detalles, porque ya es tiempo de que vayamos á tierra; mande usted echar al agua la lancha.

El Comandante llamó, y mientras daba sus órdenes, Nelly añadía:

A los pocos días un barco nos trajo aquí; pero como ninguna línea regular une á Madagascar con las Comoras, el Jefe de la División Naval nos autorizó á tomar pasaje en el Colibrí que se dirige á esas islas.

—Aquí, en el Colibrí? preguntó Juan sorprendido.

—Aquí, para ir á una isla, se necesita un barco, dijo Nelly riendo del efecto que la noticia causó al Comandante, y añadió: se diría que eso le es á usted desagradable. A mí! estuvo á punto de gritar el Comandante en un arrebato que le habría traicionado, pero se contentó con decir:

—Me será muy satisfactorio, señorita, contribuir á que olvide usted los disgustos que sufrió con motivo de nuestra visita á Ambohimarina.

—Yo, declaró el Doctor, estoy encantado y siento que el viaje que vamos á hacer con usted señorita, no sea alrededor del mundo. ¿Cuándo se embarcan ustedes?

—Pienso que será dentro de dos ó tres días, y entre tanto espero que tendré el gusto de ver á ustedes con frecuencia. Además, creo que el Colibrí no va directamente á

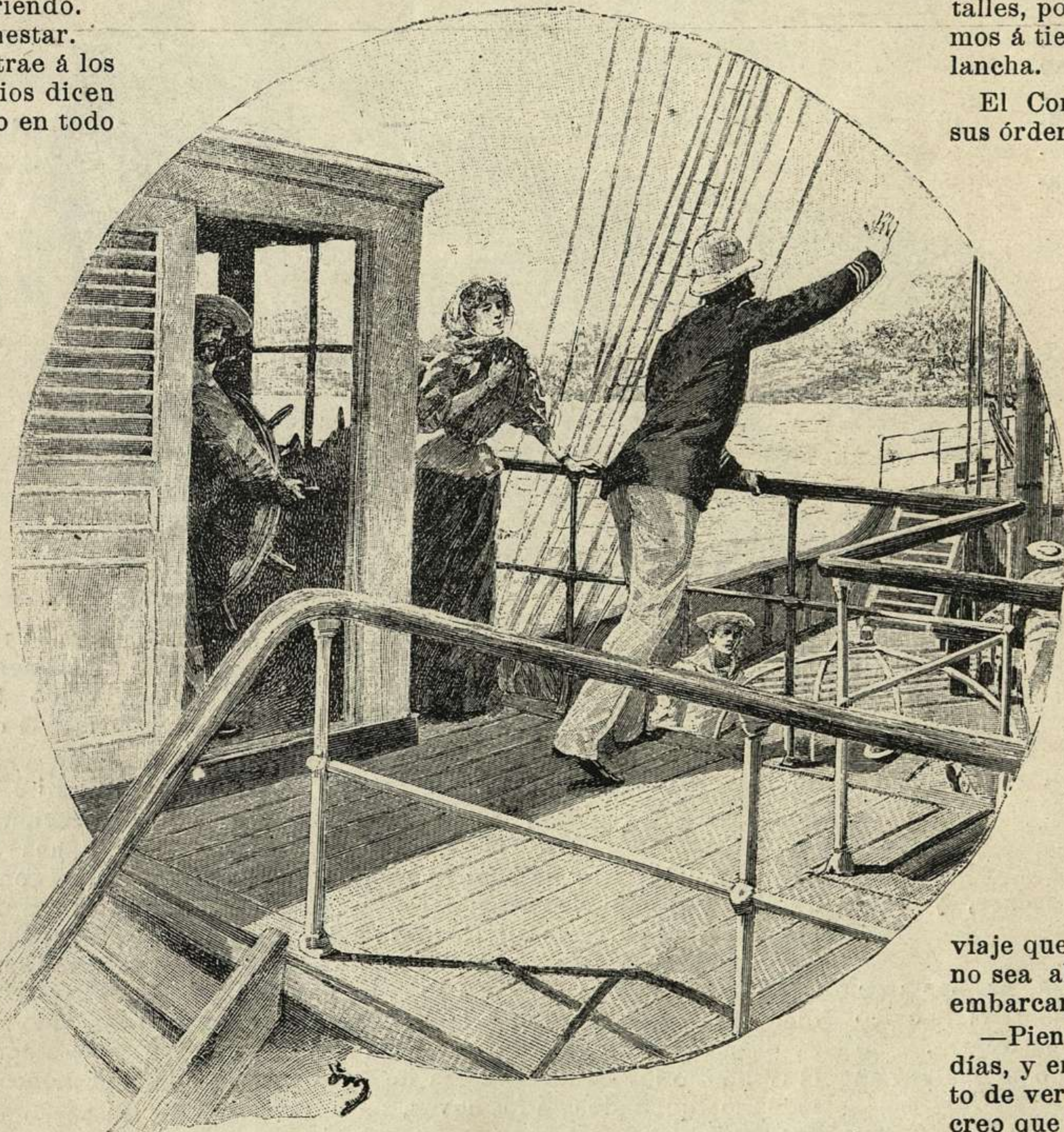
Mohelia que es donde debemos desembarcar, sino que va antes á Mayotta; luego se detendrá en Anjouan y por último en Diego, según he oído decirlo al Jefe de la División Naval. El Comandante va ahora á recibir del Gobernador instrucciones sobre el particular. Diga usted Doctor: ¿qué es Mohelia? Lo ignoro, pero mejor no me lo diga usted. No he sido tan halagada por Madagascar que lamente dejar esta tierra. Lo que me tiene encantada es hacer una travesía en un buque de guerra y además, si no le agradamos á Mr. Thomas Poole, (así se llama el propietario) regresaremos al Canadá llevando una buena provisión de recuerdos.

Terminaba Nelly estas explicaciones cuando vino un marinero á avisar que la lancha estaba lista. Binao, Nelly y el Comandante escoltados por Prince que no sabía á quien seguir de estos dos, descendieron á tierra y se presentaron al Gobernador que los recibió muy afablemente.

V

DONDE EL DOCTOR EMPIEZA Á VER CLARO

—¡Diablo! dijo el Doctor tomando á pequeños sorbos su café hirviendo. Decididamente el café helado sería mejor y es de sentirse que mi imbé-



do que mis conocimientos me permitían dar clases de canto, piano, dibujo y otras materias y que sus parientes de allí podían ayudarlo á colocarse; pero lo que me desolaba era partir sin despedirme de ustedes.

—Señorita, dijo el Comandante, no puede usted figurarse lo apenado que estoy por la parte que tengo en ese desastre.

—No lamente usted nada, pues ya las cosas se arreglaron conforme á mis deseos. Pero déjenme continuar, y mientras, mande usted, Comandante, preparar la lancha que nos va á llevar á tierra á usted á la reina y á mí. Pues bien, mientras nosotros paseábamos Ivon volvió á su casa y encontrando allí á Volanabé, objeto de sus odios y rencores, le dijo: «Al fin te cojí, perro ladrón y ladrón de perros,» y sin darle tiempo de escapar tomó un rebenque y le administró una tunda de mano maestra. Mora Foutssy no se atrevió á pedir gracia para su compatriota sobre el cual llovían los golpes. En estos momentos llegamos mi padre y yo y entonces pudo escapar el empomado Volanabé á quien no quedó ni un diente para sonreír, porque todos cayeron en la golpiza y que salió bañado en sangre, arrastrando una pierna y en estado desastroso. Ivon, radioso dejó su rebenque, nos estrechó las manos y luego,



el criado haya roto la máquina de refrigerar que funcionaba tan bien.

—¿Fué su criado de usted? Yo creí que había sido el mío.

—En fin, quien quiera que sea, la máquina está inservible y es absolutamente necesario que tengamos otra esta misma tarde: hizo usted bien al recordármelo.

—Es indispensable, y voy á tierra á procurarme una.

—¿Con este calor? Ni lo piense usted, amigo mío, voy á enviar á Jacques.

—¡El calor! estoy acostumbrado; y con mi quita-sol y mi casco no le temo. Déjeme usted, Comandante, pues prefiero ir yo mismo porque los recursos no abundan en Nossi-Be y Jacques nada encontraría, en tanto que yo no volveré con las manos vacías.

Si se trajera usted también algunas flores....

—Es verdad, y aguas de tocador, y perfumes:

—Decididamente piensa usted en todo: pero ella tiene el precioso perfume de la reina Binao que narcotiza los mosquitos....

—Y que provoca al amor, concluyó sonriendo. Lerbon. ¿A qué hora viene con su padre?

—Esta noche, á las ocho ó á las nueve, pues ya sabe usted que zarparemos á las diez.

—Pensaba que comerían aquí.

—No quisieron, ó más bien, no pudieron, pues aún les quedaban por hacer algunos preparativos; además, tenían invitada á la reina Binao que se ha apasionado terriblemente de Nelly y también me habían invitado, pero no prometí que iría y me propongo permanecer á bordo.

—Hará usted mal, porque apenaría á Nelly que es tan afectuosa. ¡Vaya una criatura encantadora!.... Valiente, adicta, resuelta, instruida y sobre todo, bella. Será feliz quien la logre por esposa.

—¡Qué entusiasmo, Doctor! ¿Piensa usted ofrecerle su mano?

—Ay! si tuviera yo la edad de usted! Si yo fuera usted....

Juan se ruborizó.

—Pero no hay gran diferencia entre usted y yo, Doctor.

—Enorme.... diez años por lo menos, y además, está enamorada de usted.

El Comandante intentó sonreír.

—No se ría usted, amigo mío, eso es bastante visible para que no lo haya notado un viejo como yo, y si se lo digo no es para preocuparlo, sino para inspirarle confianza y que no se oculten de mí.

—¡Es que usted es el enamorado y está celoso!

El Doctor se ruborizó á su vez y exclamó:

—Yo, Dios me libre! pero le tengo á usted envidia.... Y si algún día tuviere usted contrariedades y tristezas y necesitase de apoyo moral y consejos, no siga siendo reservado y tenga fe en mí.

—Sí, pero usted no sabe todo lo que yo sé sobre el padre, sobre la madre y sobre la niña misma; usted no ha oído sus palabras atrevidas, amorosas, experimentadas ya; usted no conoce la turbación, el miedo y el encanto ¡ay! el encanto omnipotente que ejerce en mí, deseó decirle.

Pero nada dijo; y más contento que disgustado del descubrimiento de su amigo, no quiso entablar discusión y se abandonó á la grata idea de que no tardaría Nelly en venir al barco.

—Entonces, hasta la noche, dijo el Doctor. No me espere usted á comer, pues estoy invitado por mi compañero el Director del Hospital y volveré con el Mayor y su hija en el bote que mande usted para ellos.

—Desde á las ocho estará en el muelle á la disposición de ustedes.

Cuando el Doctor se fué, el Comandante acudió personalmente á ver si todo estaba en orden en el comedor y el salón que iba á poner, consus camarotes á disposición del Mayor y de su hija. Luego volvió al salón, releyó las instrucciones

que había recibido de su jefe y se puso á estudiar en su colección de cartas marítimas, la ruta que iba á seguir.

Nelly había sido bien informada. Aunque el Comandante debía aceptar como pasajeros al Mayor y su hija, no por esto debía modificar el itinerario, fijado de antemano, sino ir á Mayotta y permanecer allí uno ó dos días informándose del Gobernador si tenía comunicaciones para los sultanes de las Comoras que acababan de someterse al protectorado francés; luego irían á Anjonan donde conferenciaría con el sultán y en seguida á Mohelia donde podía quedarse algunos días; pues allí había peligro de una rebelión contra el sultán y era necesario restablecer la paz sobre bases sólidas. Terminada esta misiva, iría á la gran Comora y volvería á Mayotta y á Diego Suárez, donde daría cuenta al Jefe de la División Naval.

En una carta amistosa este Jefe ampliaba sus instrucciones y explicaba por qué autorizó el em-



barque del Mayor y su hija: en primer lugar, Mr. Thomas Poole, el rico propietario de Mohelia había sido muy correcto dirigiéndose á las autoridades francesas para que le designaran la persona á quien debería llevar á su lado, con la condición si de que fuera de origen anglo-americano. Stephenson, que tenía ligas con los franceses, que el Gobierno inglés desconfiaba de él y que se había malquistado con los hovas, sería un agente con quien podría contarse en caso dado y por eso lo escogieron aunque tenía reputación de bebedor, pero también la tenía de honrado.

Esto complació á Juan, pues Nelly no le mintió puesto que su padre fué dado de baja por embriaguez solamente y no por embriaguez y robo como Juan temía.

Stephenson es honrado, decía el Jefe Naval y su palabra era para el Comandante un Evangelio.

Largo espacio de tiempo permaneció pensativo en un sillón, abrumado por el calor sofocante de la tarde, y después llamó á Jacques y le dió orden de que le alistara un traje de paisano.

Apesar del rigor de la temperatura, apesar de la lluvia que se preparaba ya, impacientado por la espera enervante, se dirigió á la casa del Mayor, no sin prevenir á Jacques que no vendría á comer y que regresaría al barco á las nueve con el Doctor, el Mayor Stephenson y su hija.

## VI

### AMOR, REY DEL UNIVERSO....

No más una ligera tinta rosada en el horizonte indicaba la próxima salida del sol. En esos países no hay aurora ni crepúsculo—Todo es rápido. Venus se apaga de improviso como si un soplo poderoso hubiera pasado sobre ella; y el

lugar en que estaba se raya con estrías rápidas como relámpagos que producen la ilusión de crepitaciones lejanas.

La frente del sol emerge deslumbradora; y súbitamente de un solo golpe el cielo y la mar se inundan de claridades....

Allá á lo lejos en la superficie de las aguas que parecía ilimitada y desierta, aparecieron un islote primero y luego otro y otro y otro aún....

A medida que el barco avanzaba, más islotes aparecían, se soldaban entre sí y tomaban nuevas formas: luego se vió que eran las cimas de un mismo país del cual aún no se perfilaban las costas. Una de estas cimas era bien característica, con su cúpula redondeada y sus pendientes rápidas inclinadas por igual en todos sentidos, un verdadero pilón de azúcar ligeramente inclinado como si la base hubiérase carcomido por un costado.

El Mayor Stephenson, indiferente á las bellezas de la naturaleza dormía en su camarote con sueño profundo; el Doctor acababa apenas de levantarse y estaba tomando una taza de café para ponerse inmediatamente á escribir, siguiendo su costumbre de dejar listas con la primera luz matutinal, dos ó tres páginas respecto á las arañas; Nelly con traje de mañana blanco de franela, y un abrigo de seda azul, se apoyaba en el pasamanos del puente al lado de de Chalmont. Maravillada por la belleza del espectáculo, olvidando la presencia de los marineros que les rodeaban, se estrechó contra Juan y reclinando la cabeza en el pecho del marino, le dijo.

—¡Qué bello, qué bello es esto y qué feliz soy!

Luego, volviendo en sí se separó de Juan vivamente y le preguntó:

—¿Qué cima es esa?

—Esa, le contestó el Comandante es el *Ouchon-gui* que significa pilón de azúcar.

—Y éste otro?

—El cerro cuadrado.

La isla entera era Mayotta, una isla gallarda y riente que ocupa un sitio equidistante entre Africa y Madagascar y que es producto volcánico como las Comoras brotadas de una inmensa erupción.

Acercándose, todo aparecía sereno, reposado y agradable y había en casi todas direcciones grandes árboles entrelazados por lianas de flores brillantes; una bóveda de verdura sombría que recortaban aquí y allí con manchones de un verde más claro, vastos plantíos de caña de azúcar. En algunos raros sitios aparecía la roca volcánica lustrosa, guinda, sobre una tierra roja y muy fértil en que surgían al capricho altos cocoteros cuyo tronco desnudo y esbelto coronado de soberbios abanicos, rompía la monotonía del paisaje.

El barco avanzaba con rapidez y todos los detalles empezaban á mostrarse bañados por la resplandeciente luz: los islotes cincelados, esparcidos en torno de la isla principal; las recortaduras de la playa cubiertas de arena dorada: algunas casas blanqueadas con cal al uso árabe tachonaban con puntos blancos el follaje, y al rededor de ese conjunto, bastante lejos de la orilla, el ancho cinturón de coral, dique natural apenas visible, al ras de las olas que se revolvían sobre él, rebosando espumas blancas.

Más allá de estas rompientes, en el interior de la corona dormitaba un pequeño Mediterráneo, un lago apacible sembrado de islotes fragantes colocados allí como cestos de flores.

—¡Ch! qué feliz soy! qué feliz soy! gritaba Nelly cuyas miradas se cruzaban á cada instante con las de Juan; y á veces añadía en voz muy baja: y cuánto te amo!

Era el momento de la baja mar y el agua estaba agitada por una ondulación que al retirarse dejaba ver por breve espacio algunas cimas de la corona madreporica, de modo que parecía imposible que barco alguno pudiera penetrar mas allá y llegar al mar interior tan sereno, tan apacible, tan atractivo.

No obstante, fijándose bien, se distinguía que en determinada extensión las olas no reventaban, el agua permanecía azul como la profundidad de



los cielos y allí estaba «el paso» hacia la cual, sin ocuparse por el momento de Nelly, dirigía cuidadosamente su barco de Chalmont.

—Cuidado, decía á los marineros encargados de la maniobra, atención todos. Rectos, sobre el alineamiento de las pirámides.—A babor, más á babor.—Hay que desconfiar de la corriente. Bien, á virar ahora. A estribor rápidamente, toda la barra, toda sin miedo. A estribor.

El Colibrí, obediente, seguía por todas las sinuosidades del paso, en medio de los arrecifes y pronto hubo de penetrar al mar interior, ese lago apacible lleno de islas que semejan canastillas de flores. Ya no quedaba pues por qué preocuparse, pues quedaba el barco al abrigo de la tempestad y de todo peligro en esa rada maravillosa que los ciclones no visitan nunca y donde la linfa transparente no sabe lo que son olas ni espumas.

No se necesitaba sino aproximarse á la pequeña isla de Zavudzi donde habita el Gobernador y echar el ancla muy cerca de tierra, casi á la sombra de los grandes árboles que reflejan su silueta alargada en el cristal del fondeadero.

—Fondo, gritó el Comandante.

Eran apenas las siete de la mañana y no podía de consiguiente pensarse todavía en la visita al Gobernador. El Comandante terminó de dar sus ordenes y para huir del baldeo que iba á comenzar, bajó al salón acompañado de Nelly.

Pero á punto de entrar le dijo con voz muy baja señalándole la cortina que cubría la puerta del camarote del Doctor:

—Silencio: no interrumpamos á nuestro amigo en el calor de sus inspiraciones; vamos mejor á la cámara de usted y luego le enseñaré la mía; verá usted que bien instalada estoy.

El la hizo entrar.

—Oh!, dijo ella, ¡qué lindo está todo esto! ¿sabe usted señor que es usted muy coqueto? Esos tapices de Turquía, ese cubre-cama, ese espejo veneciano, ese bronce..... qué admirable bronce!

—Es Diana, la casta Diana.

—¿Y esta mujer que está en este cuadro?

—Es mi hermana, vive en Rusia y hace tiempo que no la veo.

—¿No tiene usted más parientes?

—Ninguno.

—¡Pobre amigo mío! Entonces usted es más digno de compasión que yo! Al menos tengo á mi padre.

Esta soledad de usted me hace amarlo más... Pero ¡que digo! si ya no es posible que crezca mi amor... Tú ocupas todos mis pensamientos, todos, y á veces en esta obsesión, me imagino que tengo aspecto de loca y que todos leen en mi pensamiento. Figúrate, el otro día en Nossi-Bé, cuando jugaba yo con el chico del Gobernador, de improvisó lo abracé con delirio y le dije: «Ay Juan, Juan, cuanto te amo.» Su madre riendo me dijo: «Cuánta ternura, señorita Nelly, pero no se llama Juan sino Eduardo.» Entonces me ruboricé como una colegiala y no supe que contestar... y me reprochaba en secreto mi acción y te culpaba también un poquito.

—Vida mía... Ven para que te abrace yo como abrazabas á Eduardo.

Juan se sentó en un sillón y ella saltó á sus rodillas y le enlazó el cuello en dulce abrazo, diciéndole:

—Y me amarás siempre así, siempre, siempre?

¡Qué bello será vivir juntos y poder estarse besando todo el día sin que me den remordimientos! porque esto que hacemos ahora es malo ¿sabes?... Me parece que estoy soñando desde que vine á Nossi-Bé, porque estaba segura de verte y te ví al fin. Luego, no nos hemos separado: digo, sí, pero anoche, la noche solamente. Y luego, como no más un tabique me separaba de ti... quise salir y acecharte, ver cómo dormías y me vestí y salí y... ¡qué cosa tan particular! ¡tú tenías el mismo pensamiento y nos encontramos á medio camino. Entonces corrí, me volví al lecho y cerré hasta la escotilla á pesar del calor ¡qué calor hacía! ¿Verdad? Y me dormí más dichosa.

—¿Dormiste bien?

—Como una reina... que duerme tranquila. No desperté sino hasta esta mañana cuando llamaste á mi puerta para preguntarme si quería ver la entrada de Mayotta. De un salto me levante y salí y pude abrazarte antes de que salieras al puente. Qué hermoso estaba todo en el cielo y el mar, qué hermoso, pero no tanto como tú. Se te veía soberbio, y magnífico al dar tres voces de

mando. ¿Sabes que me intimidas cuando tomas esa actitud?

—Vamos, no te burles de mí: eso no está bien, amada mía.

—Pero si esto es serio, muy serio; te encuentro tan superior á todo el mundo que me das miedo á veces y hasta me pregunto cómo has podido hacer caso de mí y si es verdad eso de que nunca me olvidarás y que me seguirás amando así. Dime, dime si es verdad.

—Locuela! Bien sabes que sí, y hasta me imagino que he vivido amandote toda la vida.

—Así me sucede; y apesar de cuanto se diga en contrario, no creo que sea pecaminoso amarse así. ¿Qué piensas sobre eso? A veces me vienen escrúpulos porque la religión nos ordena amar á Dios sobre todo. Pues bien... yo... No, no: decididamente es muy malo eso que iba á decir. Oyeme, ayer al regresar del paseo, cuando me dejaste para ir al hospital á buscar al Doctor, entré á la iglesia. Era yo tan feliz que tenía ganas de llorar, de orar, y ví al cura que estaba á punto de salir y le rogué que me confesara... le conté todo, todo lo que pensaba y me regañó repitiendo varias veces.

—Es preciso amar á Dios más que á sus criaturas y así él bendecirá vuestra unión. Luego se dulcificó un poco, me preguntó cuándo sería el matrimonio y le respondí que dentro de tres meses ¿te parece mucho tiempo?

—Bueno, dentro de tres meses: tan pronto como venga el oficial que deba remplazarme, te iré á buscar á Mohelia, bien que no está lejos y vendremos a Mayotta y nos casaremos allí, en esa modesta iglesia que se divisa desde aquí: mírala! Luego esperaremos el paso del vapor-coche y volveremos á Francia con derecho de amarnos ya á toda luz.

—Oh! qué bueno, qué bueno!... y no nos volveremos á separar. Eso me hace el efecto de un sueño, y tengo miedo de despertar. ¡Que no sea mañana ese día bendito de nuestra unión! ¡Cuánto amo esta isla! Pero si me olvidas en ese tiempo! Tres meses tienen muchos días, muchos. ¿Qué

vas ha hacer mientras pasan? ¿Por qué no?... pero iba á decir una tontería; eso no es posible, hay formalidades que llenar y aquí no es como en América donde se casa uno con tanta facilidad; y además, mientras estés á bordo no es posible. Mañana ó al otro día, me dejas en Mohelia y te vas...

—¿Crees que regresarás algunas ocasiones dentro de esos tres meses?

—No; es muy raro que venga yo á las Comoras... Pero ahora, voy á estar algunos días en Mohelia.

—¿Cómo volarán estos tres meses! ¿Pensarás mucho tiempo en mí? y si me olvidas! Desde que te conozco, las mismas ideas, las mismas, están dando vueltas en mi cabeza como un caballo en el circo. ¡Qué miedo dan las separaciones cuando se ama! ¡Cómo haría yo para que me recordaras noche y día, teniéndome sin cesar en tu cabeza y en tu corazón como yo te tengo á tí! Si pudiera irme desde luego contigo...

Y lo contemplaba pensativa mientras él cubría de besos sus manecitas.

—Oye: le dijo luego. Voy á darte mi retrato, un retrato que me hice para tí expresamente cuando estuve en Diego-Suárez. Me puse el traje que te agrada; aquel con que concurrí al banquete del Gobernador de Ambohimarina. Tú, me darás el tuyo y de día lo llevaré conmigo á donde vaya y de noche...

Nelly se interrumpió vacilando; él la preguntó:

—Y de noche? qué harás de noche?

Pero ella no le contestó, sino que prestó atención á un rumor de voces que se oía afuera.

—Silencio! dijo: oigo al Doctor y creo que está en el salón.

—¿No será tu padre? interrogó el Comandante algo intranquilo.

—Vamos á ver, dijo ella muy serena. ¡Pobre de papá! hace ya tiempo que no me ocupo de él porque mis pensamientos son todos para tí.

En los momentos de salir de la cámara, Juan preguntó:





—A propósito de tu padre. ¿Qué le has dicho? ¿Le has hablado ya de nuestros proyectos?

—Para qué? No se usa eso entre nosotros. Ya habrá tiempo de decírselo más tarde, cuando sea necesario. ¿No es más bello amarse así, sin que nadie lo sepa y sin deberse á nadie más que á uno mismo? Está uno más cohibido cuando sus padres están al tanto. . . . . ¿no eres de mi opinión?

—Sin explicarse por qué, Juan prefería también que no se lo dijera al Mayor Stephenson.

—Es cierto, dijo sonriendo, tú siempre tienes razón: déjame besarte una vez más.

Y luego entraron al salón.

No era el Mayor quien hablaba. Como la víspera había bebido mucho, dormía aún apesar de los ruidos formidables que se producen siempre al llegar á puerto una embarcación de vapor.

—Era Lerbón, que detrás de su cortina se entregaba á un monólogo muy animado.

—¡Sorprendente, sorprendente, sorprendente! decía; nunca hubiera creído que una presa tan grande. . . . .

—Nelly interrumpió el monólogo sacudiendo la cortina y diciendo desde afuera alegremente:

—Eh! Buenos días, Doctor querido, ¿qué le sucede á usted que á

sopechaba sino imperfectamente, en tanto que ahora tengo ya una certidumbre absoluta, indiscutible.

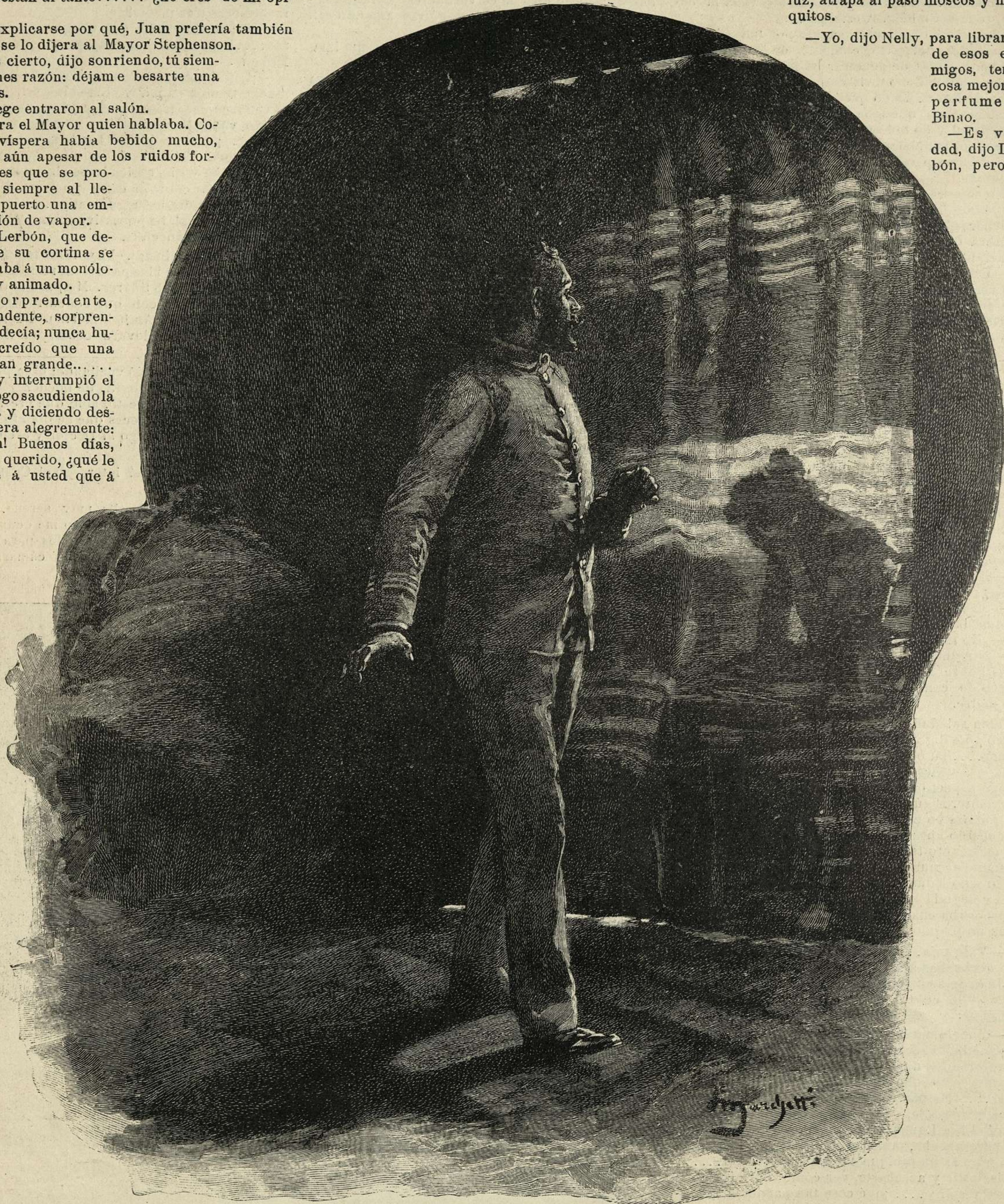
—Sobre qué? preguntaron á la vez el Comandante y la joven, vagamente inquietos por el temor de que su conversación hubiera sido oída.

marote que ocupa usted, pero desde hace dos dias la trasladó á este otro, sin duda también en una escotilla.

—Sí, dijo Lerbón y este animalito tan benéfico como interesante, me ha tejido en breves horas un mosquitero diáfano, y tapando con su tela la boca de la escotilla y sin privarme de aire ni de luz, atrapa al paso moscos y mosquitos.

—Yo, dijo Nelly, para librarme de esos enemigos, tengo cosa mejor: el perfume de Binao.

—Es verdad, dijo Lerbón, pero la



una hora como esta no ha salido de su concha? No tiene usted vergüenza! ¿Acaso ignora usted que hace ya tiempo que hemos dado fondo frente Mayotta?

Lerbón levantó la cortina y salió al salón. Luego tomó la manecita de Nelly y la besó galantemente sin apresurarse, como quien saborea una fruta delicada y después dijo con acento de convicción:

—Pero querida señorita, decididamente usted me trae la dicha. Imagínese que acabo al fin de descubrir lo que tanto había buscado y que no

Pero el Doctor nada había maliciado ó á lo menos así lo creyeron ellos cuando les dijo con aire de triunfo:

—Ya sé por fin ahora para qué sirve el hilo de plata en ziz-zag. La Epeira Mauricia se ha decidido por fin á revelarme su secreto.

Como Nelly parecía no comprender, el Comandante le dijo sonriendo:

—Es bueno, sepa usted que el doctor ha conseguido domesticar una araña grande de jardín á la que los sabios llaman Epeira Mauricia. Primero la hizo construir su tela en la escotilla del ca-

Epeira es mejor porque no se limita á desembarazarme de esos dípteros: figúrese usted. . . . . pero no va á creerme. . . . . figúrese usted que en este momento está en vía de comerse una de las más corpulentas mariposas crepusculares: una esfinjel! ¿Cómo la capturó? Es fácil de verse, por que la infeliz presa está rodeada aún del lazo de que se sirvió su matadora. ¿Y sabe usted cuál es este lazo, Comandante?

(Continuad)



# PAGINAS DE LA MODA



FIG. 1—DOS TRAJES PARA EL ESTÍO

## Lectura para las damas

### Las labores manuales

Entre los conocimientos indispensables á toda mujer que quiera poner en práctica los principios más importantes de la economía doméstica, se encuentra,

sin duda alguna, el conocimiento perfecto y amplio de las labores manuales. Basta, para comprobar esto, fijarnos en la diferencia notable que existe entre el hogar de una madre de familia, que no tiene conocimientos en las labores manuales y el de aquella que ha tenido la felicidad de cursar dicha asignatura. Allí todo es desaseo, gasto excesivo y falta de atractivo; aquí puede verse la economía, el buen gusto y la corrección en el corte, pero sin derroche.

Desgraciadamente, á pesar de la gran importancia que tienen las labores manuales, su enseñanza está enteramente descuidada en las escuelas, pues aunque año por año, acudimos allí para admirar las suntuosas exposiciones de costuras hechas por las alumnas, hay que advertir que esos trabajos han sido dirigidos por personas que no se cuidan tanto como debieran, por seguir una metodología convenientemente en sus clases.

Una lección de costura en nuestras escuelas primarias, bien puede tomarse como el tipo de la más completa anarquía, en donde los conocimientos adquiridos son ficticios y pasajeros, pues se han dado sin orden y sin método; por más que éste sea preconizado por todos, descuidado por la mayoría y necesario para el éxito de nuestros trabajos. La elección de las labores que han de hacer las alumnas durante el año, queda al capricho de cada una de ellas ó al gusto de los padres de familia, transformándose dicha clase en una especie de aquelarre de primorosas hadas, que hacen brotar de entre sus manos, como por arte mágico, las blancas garzas bordadas en seda y oro para los biombos al estilo oriental, las flores de nacarados pétalos y la rizada espuma del finísimo encaje de bruselas. Esta profusión de quehaceres heterogéneos, tiene algunos inconvenientes, entre ellos, perjuicio para sus discípulas, que se dedican á las labores que más son de su agrado, descuidando quizá las que le serán indispensables más tarde y por otra parte, un trabajo impropio é infructuoso tal vez para la maestra, que no puede multiplicar su atención, para atender á todas debidamente. Así, pues la enseñanza de las labores manuales, debe ser simultáneamente,

res que más son de su agrado, descuidando quizá las que le serán indispensables más tarde y por otra parte, un trabajo impropio é infructuoso tal vez para la maestra, que no puede multiplicar su atención, para atender á todas debidamente. Así, pues la enseñanza de las labores manuales, debe ser simultáneamente,

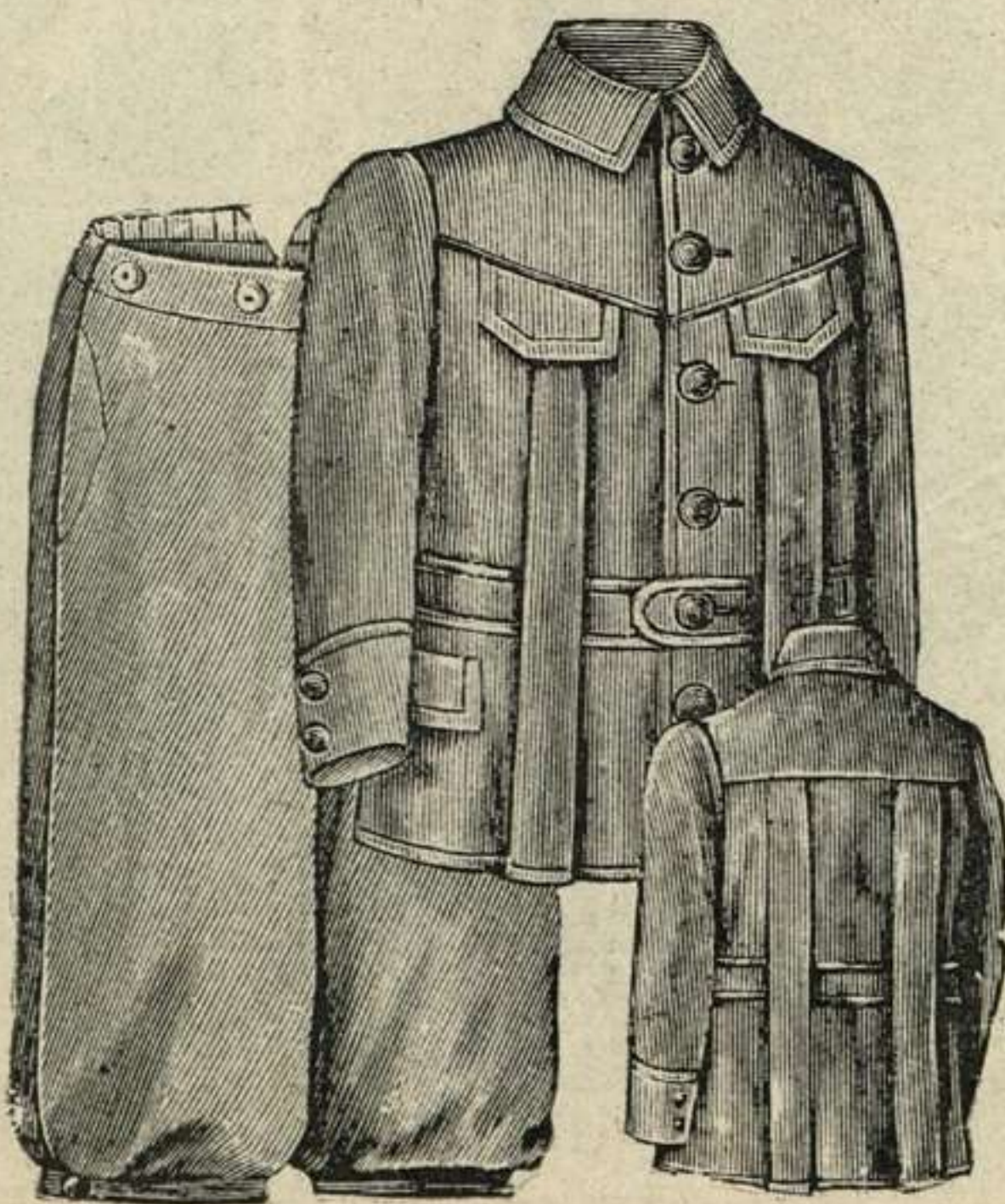


FIG. 2—TRAJE PARA NIÑO



FIG. 3—TRAJE PARA NIÑO





FIG. 4—ELEGANTE MODELO DE VERANO

homogénea y desarrollarse por medio de ejercicios progresivos. Sería además conveniente, que una misma profesora dirigiera a las alumnas en todos los cursos en que se subdividiera la enseñanza de las labores manuales. Si atendiendo á estas reformas, se procurase dar la preferencia á lo útil y á lo indispensable artes que á lo vistoso y superficial, es seguro que cada alumna al cerrarse para ella las puertas de la escuela, quedaría habilitada competentemente para el establecimiento de un nuevo hogar, feliz en lo que á esta parte de la economía pudiera corresponderle.

MARÍA M ROSALES.

#### Liga del traje para mujeres ciclistas.

Hay gran alboroto en Inglaterra entre las señoras y señoritas ciclistas. La "liga del traje racional" se ve obligada á tomar en mano la causa de la víctima.

El escritor Arbe de Barine ha tomado apuntes sobre tan interesante cuestión y cuenta su origen y consecuencias.

Una pareja legítimamente unida por los lazos del matrimonio salió de Londres en "tandem" y pretendió pasar la noche en la pequeña ciudad de Darking que sólo posee dos hoteles decentes.

El "León colorado" se negó muy civilmente á recibir los pasajeros, pero no escondió que era con motivo de los pantalones cortos de la señora. El "Caballo blanco" no puso formalidad alguna en su negativa y cerró la puerta sobre las narices de la cansada pareja: "¡No recibimos señoras en trajes de fantasía!" exclamó el hotelero.

Muerta de frío, mojada y desfalleciente, la pareja

recibió hospedaje en casa de un caritativo boticario amante de imprevistos y de novedades.

Los ciclistas tienen el espíritu de cuerpo. El señor Bonvalot pretende que cuando su "Club" se encapricha en pedir algo, no hay fuerza humana que le resista.

En el caso presente, se ha demostrado que se es anglo-sajón ó no se es. El dueño del "Caballo blanco" pretendió ser amo de su casa, y no teniendo que contar con su diputado ni con H. Ayuntamiento, difícil fué "hacerlo andar." Según la ley inglesa había un sólo modo de molestarlo; este es acusarlo de "haber faltado á sus obligaciones de hotelero," rehusando alimento y hogar á una señora ciclista bajo pretexto que llevaba un traje que vestía separadamente cada uno de sus miembros. Esto significa calzones, palabra que la buena sociedad inglesa no permite se pronuncie. Las palabras que sirven para designar el contenido de ese contenido siéndolo por completo prohibidas, habrá que usar é inventar cantidad de eufemismos para defender ante los tribunales un asunto en que sólo es cuestión de objetos que no se pueden mencionar.

Un repórter ha ido á entrevistar al dueño del "Caballo blanco" quien le manifestó que el pleito que se le promueve lo tiene sin cuidado y que exigirá se presente la señora ante los magistrados de la Ley, con el traje que llevaba, seguro que admitirán que tenía razón en criticarlo.

Apenas circuló la noticia de ese incidente cuando la prensa inglesa comenzó á recibir infinidad de cartas referentes á la "gran cuestión de Darking." La mayoría de los ingleses está en contra del hotelero por amar al principio.

Son anglo-sajones y no menos quisquillosos sobre el capítulo de la independencia. Pretenden vestirse como bien les parece, y rechazan el derecho de censura en los hoteleros.

¿En qué se mete ese hombre?... ¡que lo abandone desde luego toda su clientela!

Algunas mujeres se rebajan hasta usarles y dicen más ó menos. El «traje racional» no es una especialidad

de los ciclistas. Es el traje del porvenir. Se busca su forma definitiva desde hace años en los Estados Unidos y en la Gran Bretaña por medio de sociedad de mujeres inteligentes é instruidas que se preocupan de la higiene y de las necesidades modernas engendradas por nuevas actividades. Las enaguas largas recogen los microbios. Constituyen un estorbo y á veces un peligro para las mujeres que se entregan á los juegos de los hombres. El traje de las «señoras ciclistas» representa una de las soluciones del problema y quizá la mejor. Aún considerando que la solución fuera mala, nada tiene que ver con el hotelero, sino con las diversas ligas que trabajan de ambos lados del océano para substituir un traje práctico á nuestros atavíos de animales de lujo.

Los ingleses, menospreciando la política del día, las complicaciones que puede atraer la guerra Hispano Americana, sus intenciones secretas con relación á las propiedades españolas que van próximamente á ponerse en subasta pública secreta, bajo el martillo de la diplomacia, han gastado saliva, tinta y algo de talento en sus ataques contra el Caballo Blanco y en su defensa.

En el siglo tres los Padres de la Iglesia se opusieron enérgicamente á que los hombres recortaran sus «tunicas» considerando como muy afeminados aquellos que «adoptaban el traje b furco, importado de Persia»

En Oriente, las mujeres usan aún ese traje condenado. La justicia inglesa no se ha pronunciado aún, no da su sentencia. Algunos pretenden que si la mujer es bien formada, los calzones son deliciosos. Unas maestras de escuela se quejan que el uso de esas fundas, convierten sus discípulas en hombres.



FIG. 5—TRAJE DE CALZ. DELANTERO Y ESPALDA

Creemos que más vale que la mujer quede mujer, pues al convertirse en hombre, pobre de nosotros ¡Ya nos da bastante trabajo!

#### Las mujeres médicas

Se están multiplicando en los Estados Unidos en proporción extraordinaria. En el año de 1886 se contaban 527, se cuentan ahora 4,500!

Parece que muchos de esos honorables practicantes tienen productivas clientelas y algunas de ellas, que no son seis pero pasan de tres, ganan fácilmente sus \$5,000 oro anuales.

Conociendo nuestra afición á lo nuevo y á lo desconocido, no creemos errar al opinar en que algunas de esas Doctoras, sobre todo siendo bonitas, establecerían en nuestra Metrópoli una gran competencia médica, si se resolviera á visitarnos. Hay que recordar que muchos enfermos sanan ó cuando menos se alivian á la vista de un Doctor que les simpatiza. En el dolor de muelas, es caso tan frecuente, que ni debe mencionarse.



FIG. 6.



**Plantas venenosas**

Muchas hay que tocamos diariamente y creemos son inofensivas. Para enumerarlas tendríamos que hablar no en griego sino en latín, tomando en cuenta que aquí se bautizan las flores, los arbustos con entera libertad.

Lo que no necesita griego ni latín es el germen de la papa el cual contiene un veneno temible. Este se llama *solanina*, se encuentra en las hojas de la planta y sólo el tubérculo bien separado de su vástago está exento de él.

Debe cuidarse quitar á las papas la base del germen, con buen cuchillo y cuidadosamente. Esto se llama el ojo de la papa.

Es muy general pelar las papas sin extraer ese germen. Cuando las papas maduran en sacos, en cajas ó en almacén, deben recortarse todas las partes verdes.

La *solanina* causa males de estómago é irritaciones de intestinos que siempre se atribuyen é otras causas.

**Nuestros Grabados.**

FIG. 1—DOS TRAJES PARA EL ESTÍO.

Hermosos y ligeros, el primero de bengalina á grandes rayas, con cuerpo bolero, ornado de una capelina de gasa blanca plissé y abierto sobre un plastrón plissé también de la misma; cinturón de seda asargada y mangas juntas con un pequeño volante en el remate.

El segundo, de gasa figurada con blusa de plissé, abierta sobre una pechera de lino semi-cubierta por gran corbata fantasía, y con dos solapas triangulares muy elegantes, dobles de seda, cinturón negro de seda acordonada.

Hombreras ligeras ornadas de pequeños volantes ó cintas que se repiten en la basquiña y en el remate de las mangas.

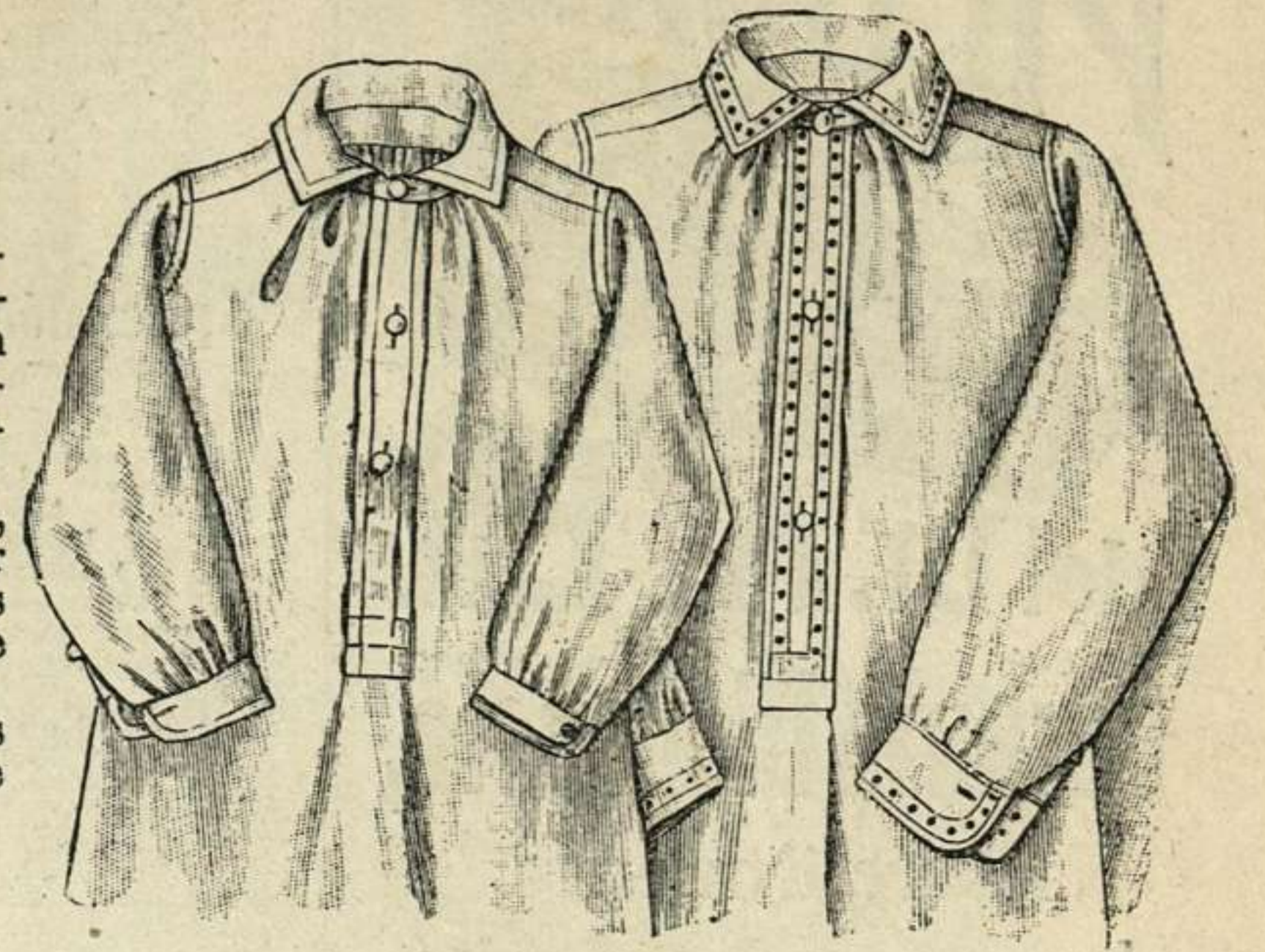


FIG. 7

FIGURAS 2 y 3—DOS TRAJES PARA NIÑO.

Un *frock*, delantero y espalda, de sarga con blusita marinera y cinturón blanco y un traje-cito sastre de sarga también, formado por una blusita de gran novedad y pantaloncito de bombacho.

FIG. 4—ELEGANTE MODELO PARA VERANO.

Es un traje de piel de seda de una encantadora originalidad. Ascende la falda hasta formar un elegante coseleto y se abre á todo lo largo sobre un fondo de satín bordado y en el cuerpo sobre un gran plastrón de muselina oscura plissé.

Un medio jacquet con tendencias á estilo bolero, que es una primorosa aplicación de bordado, asciende formando un cuello Médicis, alterna con yockeys en los hombros; muestra mangas ajustadas con aplicación de cintas de seda negra.

Un pequeño volante de muselina de seda orna la parte inferior de las mangas.

FIG. 5—TRAJE DE CALLE—DELANTERO Y ESPALDA.

El corpiño es fantasía, hecho todo de tafetán y muselina de seda, la cual asoma así en el peto como en las mangas, á través de ligeras bandas cruzadas por galoncitos de seda en ángulos.

Gran plastrón plissé de muselina con gola Médicis.

Dos bandas de la misma á ambos lados de la blusa, prendidas á los hombros por elegantes rosetones.

FIGURA 6

Otro *frock* para niña de 2 á 3 años, de muselina de seda, ceñido arriba del talle por un laquito de seda rosa y adornado de tiras bordadas, prendidas sobre los hombros, á derecha é izquierda por azos de seda rosa también.

FIGURAS 7 y 8

Seis prendas de ropa blanca para niños, propias para labores de mano de señoras. De sencilla factura y última novedad.

FIG. 9—TRAJE SASTRE PARA VIAJE

Es todo de sarga gris acero, en forma de bata, con falda plena y adornado con cintas paralelas de seda clara.

Dos filas de botones fantasía ornan el peto hasta la basquiña.

Dos alas de mariposa de falla blanca figurada, forman elegante solapa á la derecha. Manga justa con varias órdenes de pequeños yockeys.



FIG. 9—TRAJE SASTRE PARA VIAJE

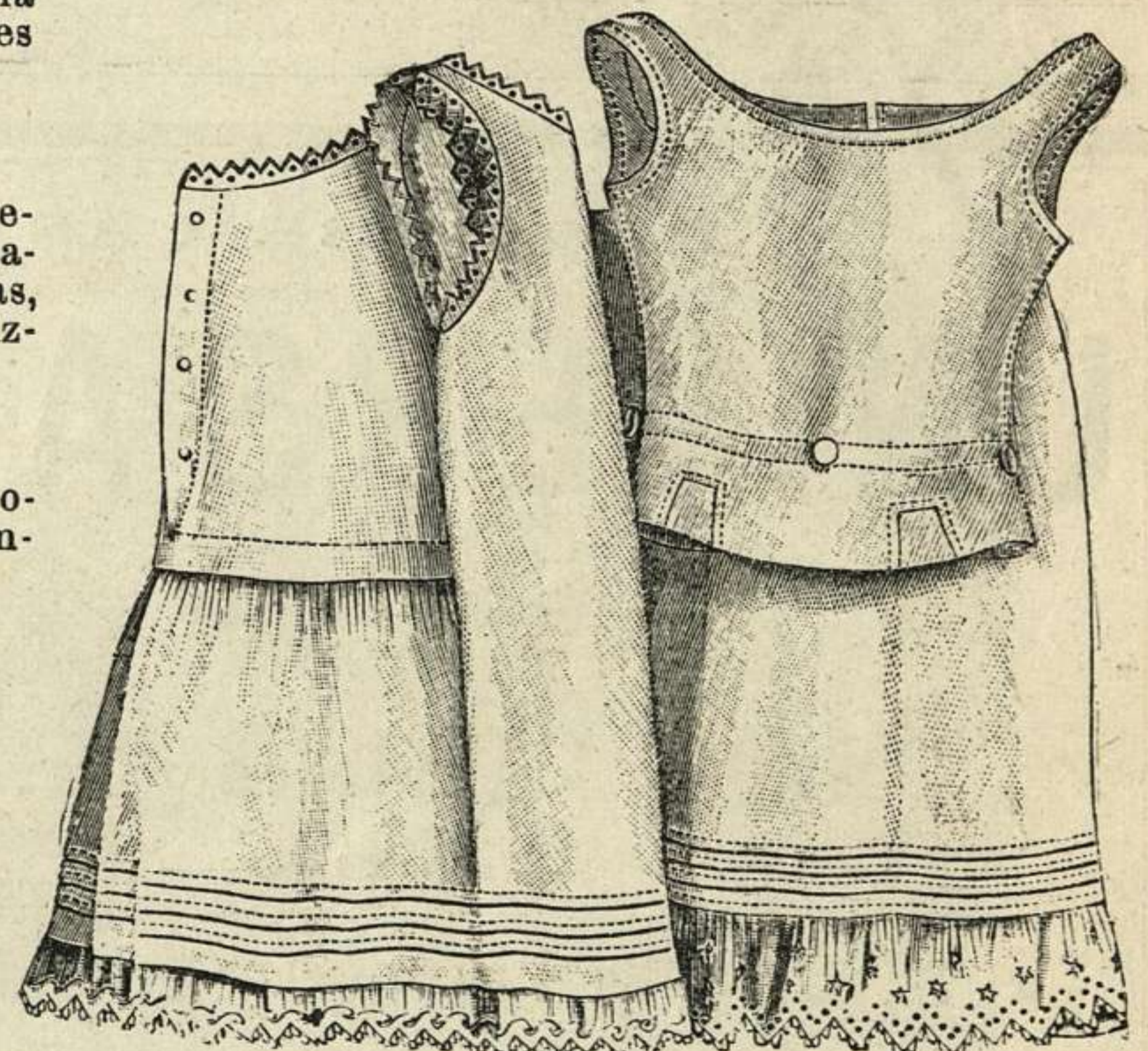


FIG. 8

**Precio de la mujer**

Cierto sabio italiano se ha dedicado á reunir concienzudos datos acerca del precio que alcanzan las mujeres en los países en que su venta es todavía corriente.

Entre los cafres una mujer hermosa acostumbra valer 70 cabezas de ganado lanar.

En el Estado de Mishmi en la India, vale 20 cabezas de cerdo.

En Timor se dan por una esposa 200 ó 300 búfalos y además una infinidad de ovejas.

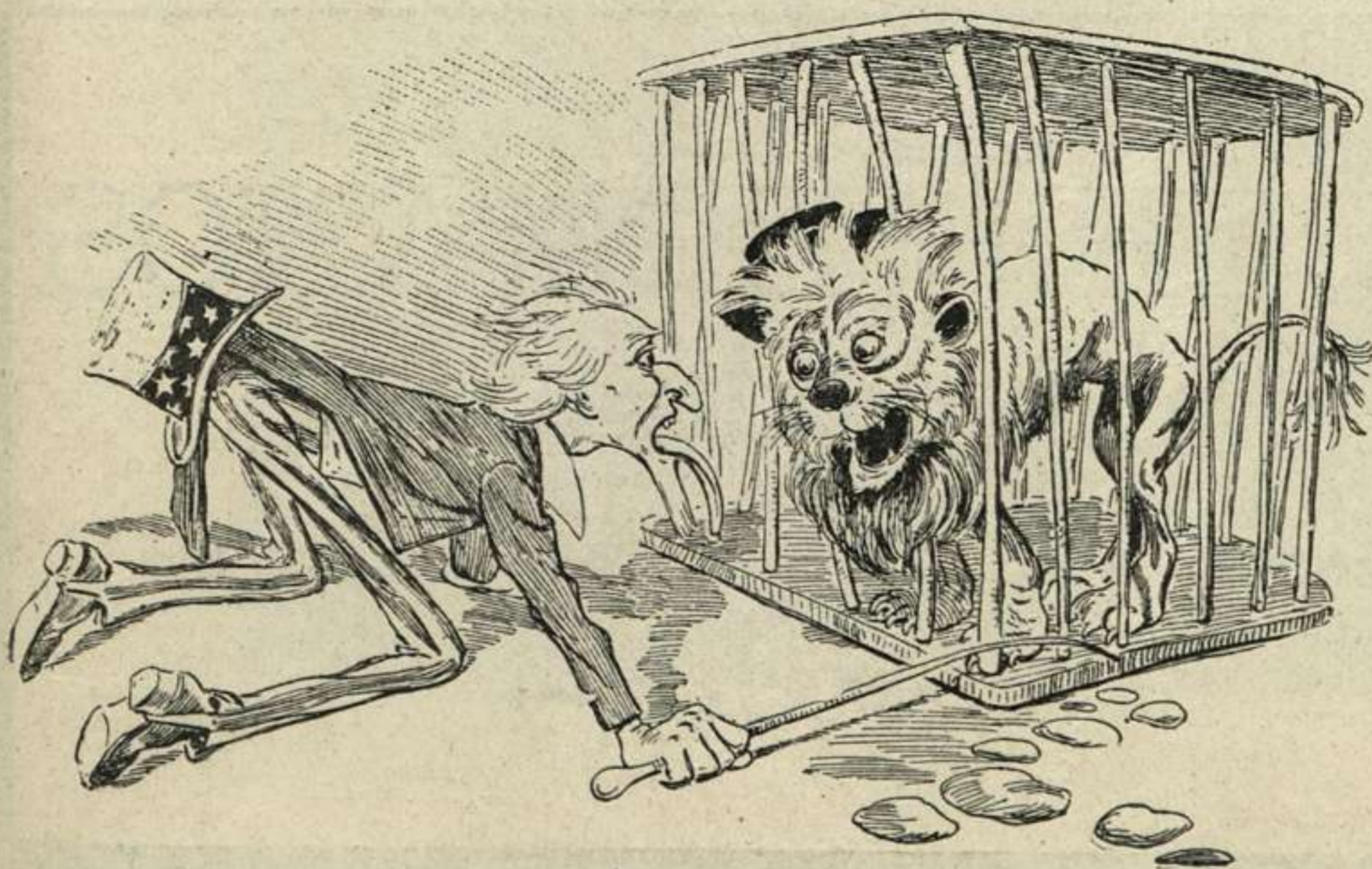
Entre los Samoyedos una joven soltera de elevada familia se paga con cuarenta rublos de plata, dos pieles de zorra, seis metros de paño rojo, una cacerola de hierro y cuatro pieles de castor. Como casi la totalidad de los hombres no pueden dar todas estas cosas, muchos toman un partido más...—económico por decirlo así—de robar á las mujeres.

Los esquimales las pagan con 100 á 150 rengíferos.

Los oramos dan por una mujer dos vacas. Un pretendiente rico paga además tres bueyes.

Los Balakeles, en el Africa ecuatorial, compran la mujer con algunos dientes de elefante.

**LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO**



La escena en Santiago de Cuba.

(Kladderatsch, Berlin.)



Después de una minuciosa investigación, las potencias deciden que Tío Samuel no es un mal cliente.

(Puck, N. York)



# PÍLDORAS



del Dr. **AYER**

Curan la Dispepsia,  
Estreñimiento,  
Jaqueca y Desarreglos

— DEL —  
**ESTÓMAGO,**  
**HÍGADO y VIENTRE**

Son puramente vegetales,  
Son azucaradas,  
Son purgantes.

Nadie debe estar sin un pomito de Píldoras Catárticas del Dr. Ayer, para poder tomar una pequeña dosis, á los primeros síntomas de indigestión, y evitar así un sinnúmero de enfermedades.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

PRIMER PREMIO EN LAS Exposiciones Universales de Barcelona y Chicago

## La Karatina

Es un remedio vegetal de aplicación externa, que hace desaparecer todas las enfermedades de la piel, que cambian su color ó su textura. Quita toda clase de erupciones, escamas y manchas. Desaparecen inmediatamente la mayor parte de las enfermedades de la piel con la

### Aplicación externa de la Karatina

y el tratamiento complementario de los Gránulos de la misma substancia, combinados como están con el arsénico, hierro y azufre. Cada frasco y cajita de Gránulos, llevan instrucciones para usarse. De venta en las principales Droguerías. Agencia en Méx. co Novaro & Goetschel Sucrs. Callejón Espíritu Santo n.º 1. Apartado 648

—:COMICO:—

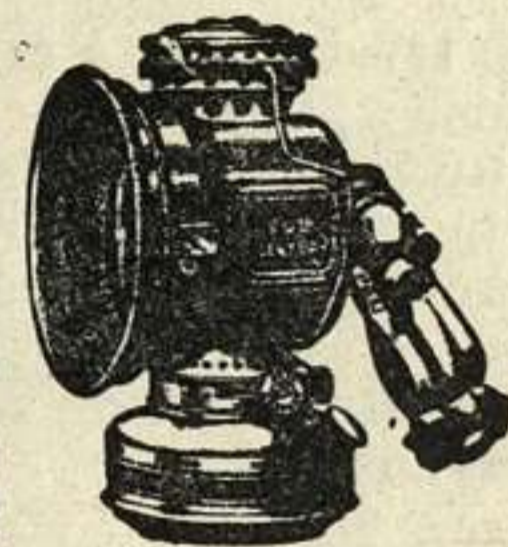
SEMANARIO HUMORISTICO.

BL  
1898 *20th Century*

### LAMPARAS

para bicicletas de paseo

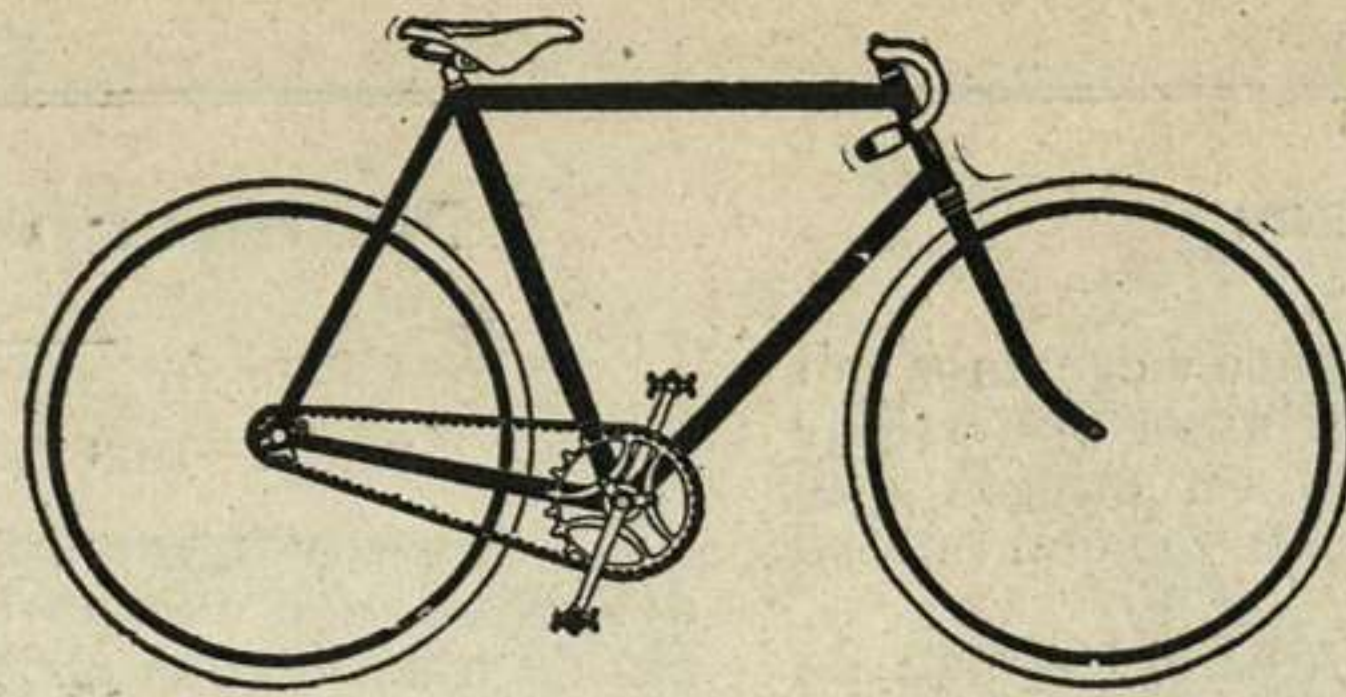
De Níquel Plateado Pequeñas, Bonitas y duraderas. Queman querosina y se con servan encendidas. Las mejores luces para Bicicletas. Las principales Lámparas para Bicicletas en los Estados Unidos y Europa.



Las mejores del mundo.



20TH CENTURY CICLAMETROS 40,000 kilómetros  
20th Century MFG Company  
17 Warren St., N. Y. U. S. A.



## HILARIO MEENEN

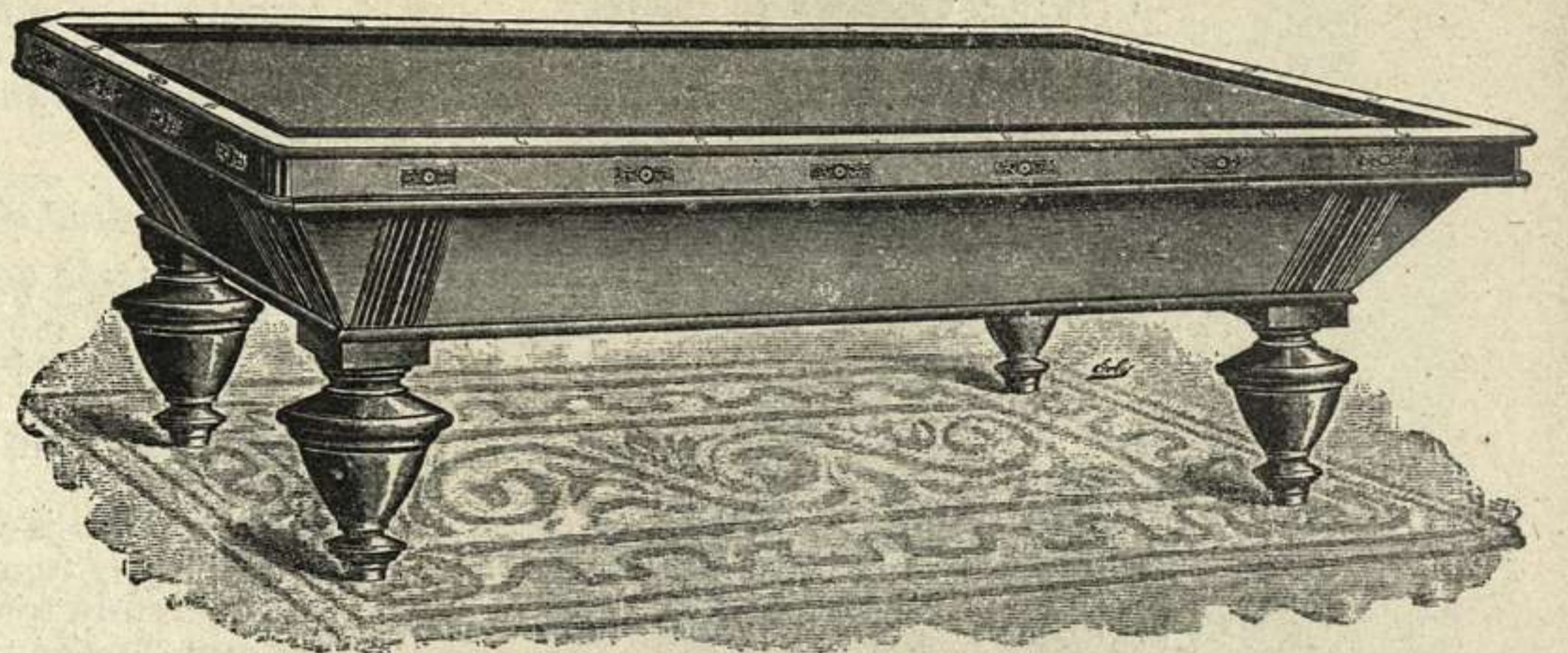
AVENIDA JUAREZ Ns. 3, 4 y 5.  
Apartado 189. MEXICO

REPRESENTANTE DE  
LAS FABRICAS  
Humber y Co., London,  
E.C. Stearns y Co., Syracuse, E. U. A.  
The Record Cycle works.

FABRICA DE BICICLETA  
Talleres de composturas, Accesorios, Ropa, Todos artículos de este ramo.  
CASA FUNDADA EN 1892  
Más antigua y más acreditada de este ramo en la República.  
PIDANSE CATALOGOS

## Unico Depósito MESAS DE BILLAR Y PIÑA

con barandas de patente "MONARCH"



Fabricadas exclusivamente por  
*The Brunswick--Balke--Collender Company.*  
**ACCESORIOS DE TODAS CLASES**

Dirigirse á JULIO BALKE, Mexico, D. F.  
CALLE DE GANTE NUM. 4 APARTADO 889  
PIDANSE CATALOGOS ILUSTRADOS

LAS FABRICAS

# UNIVERSALES

Portal de las Flores y Callejuela

— MEXICO —

RUE DES PETITES ECURIES, 24, PARIS.

Sin igual surtido en telas de seda para la estación, pongé, muselina, gasas, etc., etc.

—:PARAGUAS:—

para Señores y Señoritas, á precio sin competencia.

SOMBRILLAS GRANEL PRIX.

TODO MARCADO CON NUMEROS CONOCIDOS.

PRECIOS FIJOS.

*A. Reynaud y Cia.*

## La Nueva Industria.

Gran Fábrica de Camas, Caires, y Cunas de latón y hierro.

ESTILO INGLES GARANTIZANDO SU CONSTRUCCION.

ENGLISH SPOKEN

ON PARLE FRANÇAIS

Caires de campaña con embocera

de hierro

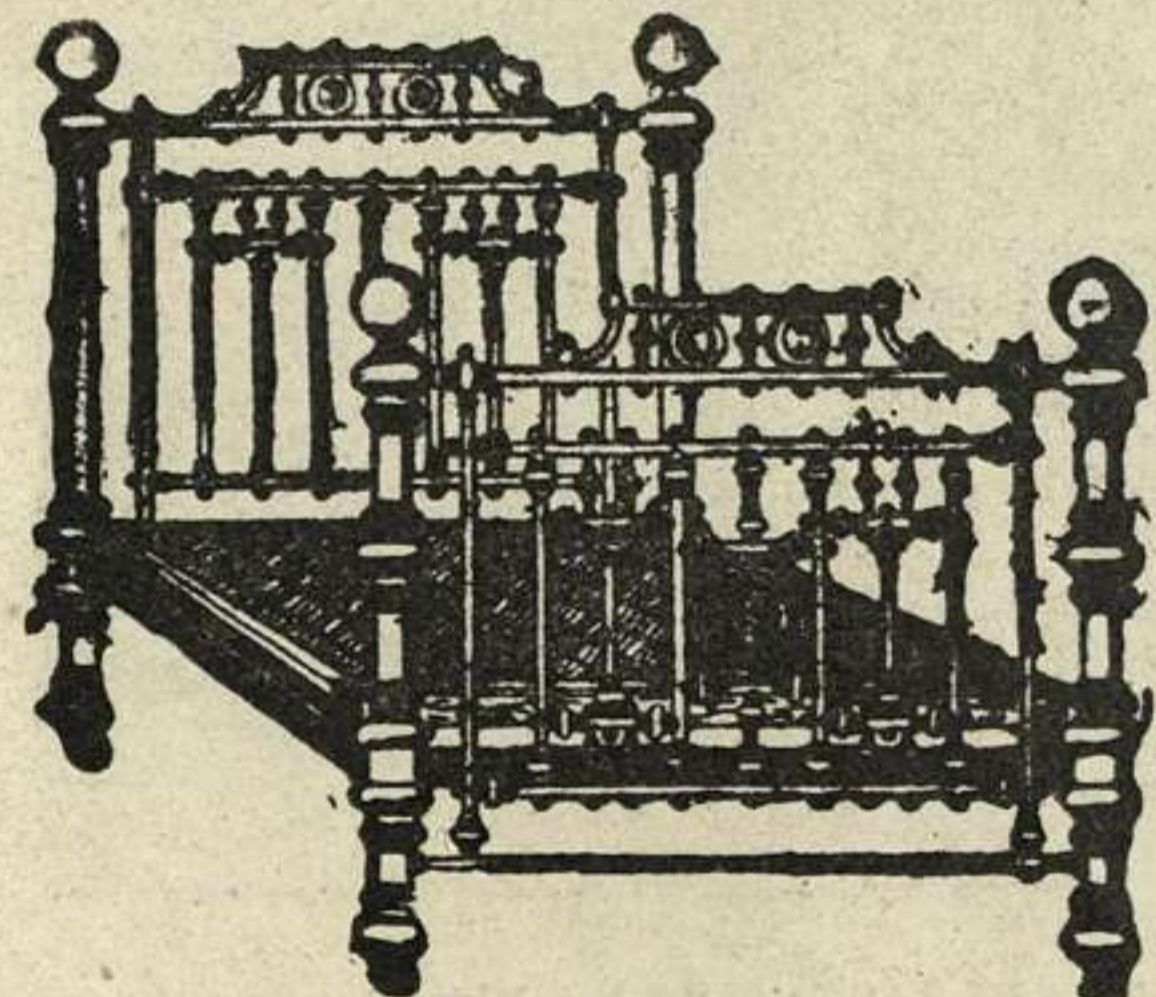
De una vara por 2 y cuarto. \$ 6.00

Con 2 emboceras de una vara por 2 y cuarto. \$ 8.00

Caires de campaña

De una vara de ancho. \$ 6.00

Una docena. \$ 64.00



Partes de colchones de alambre para toda clase de camas.—De una vara de ancho, \$6.—De una vara y cuarta, \$6.—De una y media vara, \$6.50.—De una vara dos tercios, \$7.50. Hay gran variedad de dibujos, que los interesados pueden conocerlos pidiendo catálogos á los señores

**ANASTASIO MESTAS Y CIA.**

2.º de la Monterilla núm. 11. México. Apartado Postal núm. 697

# LOEB HERMANOS

CRISTALERIA

ALCAICERIA N.º 210

APARTADO 503

—: MEXICO —